PREPARACIÓN PARA LA MUERTE

O

CONSIDERACIONES SOBRE LAS VERDADES ETERNAS

ÚTILES A TODOS PARA MEDITAR
Y A LOS SACERDOTES PARA PREDICAR

POR

SAN ALFONSO Mª DE LIGORIO

DOCTOR DE LA IGLESIA Y FUNDADOR DE LOS PP. REDENTORISTAS



Versión del italiano por el
R. P. TOMÁS RAMOS, Redentorista

Prólogo y Notas del
R. P. RAIMUNDO TELLERIA, Redentorista

AL PIADOSO LECTOR

La preparación para la muerte, *que pongo en tus manos, ocupa un puesto de honor en la bibliografía alfonsiana y durante casi dos siglos ha acompañado a millares de católicos del mundo entero en su peregrinación hacia la eternidad. La elaboración del libro obedeció a circunstancias de lugar y de tiempo, que recordaremos sucintamente a fin de que el lector valore por sí mismo su orientación genuino y sus quilates ascéticos.*

Al concebir la obra, frisaba su celoso autor en los sesenta y dos años, de los que había consumido más de treinta en la ruda brega de las misiones populares. Su silueta patricia, aureolada por el brillo de sus virtudes y por la magia de su palabra, era familiar entre las poblaciones y aldeas del reino de Nápoles, donde dejaba hondo surco de renovación cristiana en los hogares. Pero desde los primeros pasos de evangelizador del pueblo y de Fundador de los Misioneros del Santísimo Redentor comprendió que quizá más que convertir las almas importaba facilitarles la perseverancia en el bien tras las jornadas de cada misión. Para ello pocos medios le parecieron tan ventajosos, en aquel ambiente todavía cristiano, como la meditación cotidiana, ora privadamente en las propias casas, ora en la iglesia parroquial con asistencia colectiva de los fieles.

A fomentar y encauzar esa iniciativa reservó en los postreros días de cada misión los ejercicios que apellidó de "vida devota" y que se orientaban a iniciar prácticamente a los concurrentes, por lo común de no muy elevada cultura, en su método simplificado de oración mental y en la adopción de medios de perseverancia que, cual la visita—también colectiva—al Santísimo Sacramento, aunaran la sencillez a la facilidad relativa y a la novedad atrayente: que novedad era entonces, cuando la desidia de unos y el jansenismo solapado de otros habían cerrado en las horas vespertinas las puertas del templo parroquial, el abrirlas de esa suerte para comodidad de los feligreses mejor dispuestos.

Del mantenimiento de aquellas iniciativas, al retirarse los Misioneros, se encarnaban los sacerdotes de la localidad y, en su defecto, algunos seglares fervorosos y representativos. Todos ellos necesitaban, por lo mismo, un manual de meditaciones enjundioso y completo, en el cual se inspiraran para sus pláticas los miembros del clero y donde hallaran temas oportunos de consideración los católicos ya adiestrarlos durante la misión.

Con ese doble fin dictó San Alfonso en la primavera de 1758 la preparación para la muerte, según refiere él en la "Advertencia" preliminar. No era la vez primera que su pluma exponía tales materias, pues ya en los albores de su ministerio sacerdotal las había esbozado con sus "Máximas eternas para cada día de la semana", breves y certeras, y debía más tarde explayarlas en su "Camino de Salvación" (1764) y en las "Reflexiones Devotas" (1773), con criterio más amplio y teniendo por mira a las almas ya más adelantadas en las vías del espíritu.

Mediante la preparación para la muerte salió airoso del empeño difícil que había asumido al situarse entre los Misioneros y los fieles: los primeros tuvieron a su disposición un prontuario de pláticas metódicamente planeado y desarrollado; los segundos, un cuerpo orgánico de consideraciones que partiendo de las verdades eternas desenvuelven treinta y seis temas fundamentales en ciento ocho puntos y llevan al cristiano desde la noche de la culpa al umbral del paraíso y al ejercicio de las virtudes necesarias para conseguirlo.

Dos tercios de la obra giran en torno a las llamadas postrimerías del hombre y a las etapas decisivas que jalonan su destino final: valor del tiempo, brevedad de la vida, viaje a la eternidad, vanidad del mundo, importancia de la salvación, malicia del pecado, circunstancias y consecuencias de la muerte, caracteres de la misericordia divina, juicio particular y universal, amenaza del infierno y diversidad y eternidad de sus penas... A quien con ánimo reposado y en la atmósfera de plegaria del libro pondere y rumie esas verdades le despertarán sin duda propósitos de conducta integralmente cristiana, iluminada por los reflejos de ultratumba que nunca engañan.

No fue San Alfonso el único que asomándose al borde del sepulcro le convirtió en cátedra de enseñanzas morales. Desde San Cipriano hasta los días en que escribía el Doctor napolitano se cuentan por centenares los ascetas que de una u otra forma le precedieron en la senda, recorrida igualmente por ascetas del lustre de Solazar, Estella, Molina, La Puente, Nieremberg, Granada y otros muchos, sin olvidar a San Ignacio de Loyola, que ha marcado con su impronta inconfundible el arranque de la conversión en los ejercicios de la primera semana, centrados sobre las verdades eternas.

Sin embargo, pocos superan y aun igualan a San Alfonso en el acento de persuasión que caldea sus palabras y en el arte de adueñarse del ánimo de sus lectores y de arrastrarlos a sacar por sí mismos las consecuencias prácticas de cada meditación. Hacia esa nieta convergen sus recursos de escritor y sus

anhelos de santo: citas de la Sagrada Escritura y de los Santos Padres, ejemplos históricos y dichos de insignes varones, comparaciones y símiles de la vida cotidiana, alusiones al ambiente social de su época y a sucesos desarrollados ante sus ojos; todo ello impregnado de la unción suya característica y dirigido a "dar una como batería al corazón humano para rendirlo (en cuanto fuese posible) y entregarlo en manos de su verdadero y legítimo Señor"[1]. A veces, cual en la descripción del cadáver en el sepulcro o de los últimos instantes del moribundo, no desdeña su paleta los brochazos crudos y realistas que impresionaran a los "chichisbeos" galantes y a las damas frívolas de las tertulias contemporáneas. Si en ocasiones aprieta el dogal a la conciencia de los culpables y casi extrema —como en la meditación del número de los pecados[2] —, los apercibimientos contra los obstinados, lo hace a impulsos de su corazón apostólico y llevado del ansia de que aborrezcan el vicio y vuelvan al camino de redención. Porque nunca se olvida de verter sobre el cuadro tonalidades de esperanza y promesas de perdón. Era su convicción, su deber, su táctica. "Las almas — escribió poco después -que dejan el pecado movidas del solo temor a los castigos, recaen fácilmente en las culpas no bien termina la misión y se desvanece el espanto de, aquellos días: en cambio, las que se atan a Dios con lazos de amor ofrecen mayores garantías de perseverancia"[3]. Y releía las recomendaciones que había estampado en la Regla primitiva de sus Misioneros: "Aun en los sermones sobre los novísimos despidan al auditorio con el sabor de la confianza en la misericordia divina."

A esa norma se atiene en la preparación para la muerte. Aun manejando los temas graves y austeros no desampara al alma, sino que la ayuda, a rehacerse del sobresalto y a plasmar su emoción en resoluciones eficaces, mientras al final de cada, "punto" le sugiere los "afectos y súplicas". Al conjuro de la voz amiga del santo, de los "túes" fraternos e insinuantes que le clava como saetas irresistibles, reacciona el lector con nuevas energías, se alienta a dar hacia Dios los primeros pasos y a esperar de su gracia la ayuda definitiva. Traza admirable la suya de sacerdote y de psicólogo que le permitió en el curso de sus jiras apostólicas reconciliar con Dios a tantos pecadores y afirmar, según relatan sus primeros historiadores, que ninguno de aquéllos se levantó de su confesonario sin haber sido absuelto.

Yerran, por tanto, quienes se figuran la espiritualidad alfonsiana recortada sobre un fondo tétrico y oscuro, sin otras miras ulteriores que las de producir en las almas terror y angustia a la vista del mal estado de su conciencia. Sin recurrir a que años antes (1750) les había brindado con "Las Glorias de María" el arsenal mejor abastecido de la esperanza cristiana y lo había reforzado con la "Novena de Navidad" (1758) y con el "Gran medio de la plegaria" (1758), al mismo tiempo que publicaba la preparación para la muerte, hallamos en esta

última el mismo anhelo de dejar abierta al pecador la puerta del rescate, con tal que de veras se decida a entrar por ella A este fin pone a su alcance en los últimos capítulos los resortes que impulsen su voluntad indecisa: promesas de la divina misericordia, alicientes para vivir en gracia de Dios, poder de la oración, eficacia de los Sacramentos, patrocinio de María, "poderosa y compasiva, capaz de salvar a cuantos quieren salvarse", y de alcanzarles los deleites supremos del paraíso.

Con la confianza así entendida, equidistante de la presunción y de la desesperanza, enlaza el Santo los últimos pasos hacia el amor, sostén y coronamiento de toda su espiritualidad, eco fiel de su maestra Santa Teresa, que enseña en el "Camino de perfección" : "El amor nos hará apresurar los pasos; el temor nos hará ir mirando adonde ponemos los pies para no caer en el camino." Por eso advierte San Alfonso en la Introducción de su obra: "Suplico al lector que no se aburra porque en estas oraciones se piden siempre las gracias de la perseverancia y del amor de Dios, porque son ellas las dos más necesarias para conseguir la vida eterna."

Y amor con la plenitud, y sinceridad que San Alfonso de todos requería: amor a Dios, Padre y Señor nuestro, que nos ha colmado de beneficios y hecho nacer en el seno de la Iglesia católica; amor a Cristo Redentor, encarnado y muerto por los hombres y oculto en el Tabernáculo corno compañero de su destierro y alimento sobrenatural de su flaqueza. Pero amor efectivo y práctico que, habiendo roto con los malos hábitos del pecado y con las ocasiones de volver a cometerlo, busca en el cumplimiento de la voluntad, divina el norte y guía de sus aspiraciones a vida más perfecta. A este precio no teme el Santo prometerles paz y dicha en el servicio de Dios, anticipos de una muerte serena y de la eternidad bienaventurada, porque, al igual que el P. Granada, asegura que "hay más miel en el camino de Cristo de, la que el mundo piensa"[4]*. Si no explaya más ciertos asuntos ni roza otros muchos es porque lo había hecho antes en varias obras espirituales, como había asimismo expuesto en ellas la manera práctica de bien morir y de asistir a los moribundos.*

Desde su aparición en las librerías de Nápoles la obra significó un éxito editorial de primer orden. El Santo mismo escribía: "Ha gustado a todos de tal forma, que me lo arrebatan de las manos." Se lo disputaban, efectivamente, el público y los impresores hasta el extremo de reeditarlo nueve veces en vida del autor. De los bienes que acarreó su lectura testifica el P. Tannoia, contemporáneo del Santo: "Su publicación valió por una misión dentro y fuera del reino" ; misión que debía prolongarse hasta nuestros días, en que ha rebasado la cifra de 300 ediciones en las más diversas lenguas del orbe católico.

No podía ser una excepción España, donde varones de la talla del almirante Cervera afrontaron las vicisitudes de su azarosa existencia abroquelados con estas meditaciones de San Alfonso. Divulgáronse en nuestra lengua a raíz de la canonización del Santo (1839) por el impulso que dieron en Barcelona a las publicaciones católicas don Joaquín Roca y Cornet y la Librería Religiosa bajo la inspiración de San Antonio Claret. Y por cierto que aquel ilustre periodista captó con su espíritu de creyente todos los matices de la obra y proclamó sus merecimientos al frente de la traducción barcelonesa: "Tiene —— escribía el Sr. Roca y Cornet— un poder casi irresistible para mover, cautivar., arrastrar el corazón, triunfar de la prevención más obstinada, haciendo temblar al mismo tiempo a la más helada sensibilidad... El Santo Obispo recientemente canonizado, el más célebre de los ascéticos modernos, supo reunir en este tomo una materia inmensa y formar de la preparación para la muerte un rico compendio de moral cristiana, un precioso tesoro para el sacerdote que enseña y para el fiel que aprende... Verdadero libro de oro, insinuante y hasta cierto punto irresistible, que previene todas las objeciones, que suelta todas las dificultades, que enlaza las amenazas con los consuelos, las pruebas patentes de la justicia de Dios con las esperanzas de su misericordia. Este libro, puesto en manos de una persona medianamente instruida en los principios de la religión y de un corazón recto y dócil, puede obrar prodigios, pues se conoce que el Santo le escribió casi sin escuerzo, como si le fuese inspirado, sin que la suavidad, mengüe en nada su energía"(5).

Lo comprendieron igualmente otros editores y lanzaron nuevas versiones en varías ciudades de España y aun en París, desde donde a partir de 1850 se propagaron nueve reediciones. No obstante sus lunares y a pesar del lenguaje, no siempre castizo, contribuyeron a poner en circulación este joyel alfonsiano y a estimular su traslado al idioma catalán y a los dialectos de Filipinas.

Urgía presentar una traducción más esmerada, y ésta la llevó a cabo en 1920 el P. Tomás Ramos, Redentorista, Director y Adminitrador a la sazón de la Revista El Perpetuo Socorro, en torno a la cual se iba formando el fondo de obras y publicaciones que hoy llamamos Editorial El Perpetuo Socorro. Su versión limpia y fluida, merece ser reproducida, como lo hacemos, aunque más de una vez podría mejorarse su fidelidad al texto original. Dejamos esta labor para cuando se publique la edición crítica romana del texto italiano. Entre tanto, hemos querido adelantar en la presente reedición española las notas que habíamos preparado y revisado en espera de la romana y con destino a ella. Merced a esta revisión, las citas, sobre todo las patrísticas, han sido comprobadas en sus fuentes, particularmente en la patrología de Migne, la más amplia y divulgada. Alguna vez hemos alargado, en beneficio de los Misioneros, el contexto de las referencias ; otras hemos tenido que lamentar el no tener a la

mano algunas ediciones de obras españolas. A pesar de estas deficiencias, subsanables en futura reimpresión, esperamos que la presente señale una etapa en la difusión creciente de esta obra fundamental en la espiritualidad alfonsiana.

BREVE MÉTODO DE ORACIÓN MENTAL

propuesto por San Alfonso María de Ligorio a las almas para facilitarles el ejercicio de la meditación. (N. B. —Lo hemos entresacado del que propuso el Santo un año antes (1757) en el Apéndice III de su obra «Instrucción y práctica del confesor». Conservamos sus palabras, aunque reducimos su exposición.)

La oración mental, o meditación, es uno de los ejercicios más esenciales de la vida cristiana; pues consistiendo nuestro único fin en amar a Dios, esta oración es mística hoguera en que las almas se encienden en el amor divino, según lo atestigua el Salmista.

La experiencia enseña que las almas que se dedican a la oración mental difícilmente caen en culpas graves; y si, por desgracia, caen alguna vez en ellas, insistiendo en la meditación, luego se arrepienten y vuelven a Dios, porque meditación y pecado mortal no pueden permanecer juntos largo tiempo en un alma. Muchos rezan el Rosario, el Oficio de la Virgen, ayunan, etc., y, no obstante, continúan en el pecado; pero el que medita es imposible que continúe por mucho tiempo enemigo de Dios.

El lugar más acomodado para la meditación es la iglesia; pero los que no pueden acudir a ella deben hacerla en cualquier otro sitio donde se encuentre más quietud, y hasta en el campo y en el trabajo., pues el que busca a Dios en todo lugar le encuentra.

Respecto al tiempo, el más a propósito es el de la mañana; pero si por las ocupaciones no fuera posible hacerla entonces, se hará en otra cualquiera hora del día; lo que importa es no dejar de hacerla a una, u otra hora.

El modo de hacer bien la oración mental es el siguiente: se divide ésta en tres partes, que son: I. Preparación. —II. Consideración. —III. Conclusión.

I. La Preparación contiene tres actos, que son: de fe en la presencia de Dios, de humildad en vista de la propia bajeza, de petición de la divina asistencia;

helos aquí: 1.° Dios mío, creo que estáis aquí presente y os adoro desde el abismo de mi nada. —2.° Dios mío, debería yo estar ahora en el infierno por mis pecados, de los que me pesa por haberos ofendido a Vos, Bondad infinita, y os suplico me perdonéis por vuestra misericordia. — 3." Eterno Padre, por el amor de Jesús y de María, iluminadme en esta oración, para que sea provechosa para mi alma.

En seguida se reza un Avemaría a la Santísima Virgen para implorar su asistencia y un Gloria Patri a San José, al Ángel Custodio y a los Santos abogados. Estos actos han de hacerse atenta, pero brevemente, y luego se pasa, a la

II. Consideración. Para ésta es conveniente valerse del presente o de algún otro libro análogo. Adviértese que se ha de leer el punto despacio, y después, dejando el libro, se repasará mentalmente lo que se ha leído, deteniéndose en el pasaje que más llene y conmueva el alma. Dice San Francisco de Sales que en esto se debe seguir la prudente conducta de las abejas, que se paran en una flor hasta extraer toda la miel que hay en ella y después pasan a otra. Quien no sepa leer podrá hacer la meditación deteniéndose en considerar los novísimos, los beneficios de Dios y, mejor, algún misterio de la Pasión de Jesucristo.

Pero la mayor utilidad de la oración mental no consiste tanto en la consideración como en sacar de ella diferentes afectos, propósitos y súplicas, que son los frutos principales de esta oración. Por lo tanto, después de haber meditado algún punto, cuando el alma se sienta conmovida, es menester levantar el corazón a Dios por medio de actos de amor y de contrición, mezclando con éstas breves y fervorosas súplicas pidiendo a Dios la remisión de los pecados, el fervor, la perseverancia final, una dichosa muerte, la eterna bienaventuranza y, sobre todo, el don de su santo amor.

Es además necesario que en el discurso de la oración, o al fin de ella, se haga algún propósito, no sólo en general, sino también particular, v. gr., de precaverse con mayor cuidado de algún defecto en que se ha caído con más frecuencia, o de ejercitar con más ardor que antes alguna virtud, v. gr., sufrir con más paciencia las molestias de tal o cual persona.

III. La Conclusión. Se compone ésta de tres actos: 1º Dar gracias a Dios por las inspiraciones recibidas en la meditación. 2º Afirmarse en la resolución de observar fielmente los propósitos que se han hecho. 3º Pedir al Eterno Padre, por Los méritos de Jesús y de María, los auxilios oportunos para cumplirlos.

Antes de levantarse de la meditación, se tendrá cuidado de encomendar a Dios las almas del purgatorio, los prelados de la Iglesia, la conversión de los pecadores, los parientes, amigos y bienhechores, rezando a este fin un Padrenuestro, un Avemaria y un Gloria Patri.

Por último, al levantarse de la oración mental, es necesario que recojamos—dice San Francisco de Sales— un ramillete de flores para deleitarnos con su fragancia todo el día; esto es, que escojamos algún punto, sentimiento o verdad que nos haya hecho más impresión, para recordarlo en el discurso de aquel día.

Ténganse, además, presentes las dos siguientes advertencias:

1ª Si antes de la meditación el Espíritu Santo inspirare algún buen afecto, debe omitirse la consideración por entonces, como advierte San Francisco de Sales, pues la consideración no sirve sino para excitar dichos afectos, y, por tanto, conseguido el fin, deben omitirse los medios.

La 2ª es que, si por la desolación o aridez del espíritu durante la meditación no pudiera hacerse otra cosa más, será bastante entonces repetir alguna petición o súplica; v. gr.: "Señor, ayudadme; Se-ñor, dadme vuestro santo amor."

A LA INMACULADA Y SIEMPRE VIRGEN MARÍA, LLENA DE GRACIA, BENDITA ENTRE TODOS LOS HIJOS DE ADÁN, PALOMA, TORTOLILLA Y AMADA DE DIOS, HONRA Y PREZ DEL OÉNERO HUMANO, DELICIAS DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD, SANTUARIO DE CARIDAD, MODELO DE HUMILDAD. ESPEJO DE TODAS LAS VIRTUDES, MADRE DEL AMOR HERMOSO, MADRE DE LA SANTA ESPERANZA Y MADRE DE MISERICORDIA, ABOGADA DE LOS MISERABLES, APOYO DE LOS DÉBILES, LUZ DE LOS CIEGOS Y MEDICINA DE LOS ENFERMOS, ÁNCORA DE LA ESPERANZA, CIUDAD DE REFUGIO, PUERTA DEL PARAÍSO, ARCA DE LA VIDA, IRIS DE PAZ, PUERTO DE SALVACIÓN, ESTRELLA DEL MAR Y OCÉANO DE DULZURA, MEDIANERA DE LOS PECADORES, ESPERANZA DE LOS DESESPERADOS, AYUDA DE LOS DESAMPARADOS, CONSOLADORA DE LOS AFLIGIDOS, SOCORRO DE LOS MORIBUNDOS Y ALEGRÍA DEL UNIVERSO, CONSAGRA ESTA HUMILDE OBRA VUESTRO SIERVO VIL E INDIGNO, PERO AFECTUOSO Y AMANTE,

Alfonso Mª de Ligorio.

PREPARACIÓN PARA LA MUERTE

San Alfonso Mª de Ligorio

ADVERTENCIA IMPORTANTE

Que se debe leer para la cabal inteligencia del fin que se propuso el autor de esta obra.

Pedíanme algunas personas que les proporcionase un libro de consideraciones sobre las verdades eternas para las almas que desean perfeccionarse y adelantar en la senda de la vida espiritual. Reclamaban otras una colección de materias predicables en las misiones y ejercicios espirituales. Y para no multiplicar libros, trabajos y dispendios, he creído conveniente escribir esta obra tal y como va a leerse, con objeto de que pueda servir para ambos fines. Hallarán en ella los seglares auxilios para meditar por medio de los tres puntos en que he dividido cada consideración, y como cualquiera de esos puntos puede servir para una meditación completa, les he agregado afectos y súplicas.

Ruego al lector que no le cause enojo el ver que en dichas oraciones se pide casi siempre la gracia de la perseverancia y del amor a Dios, porque éstas son las dos gracias más necesarias para alcanzar la eterna salvación.

La gracia del amor de Dios, según San Francisco de Sales contiene en sí a todas las demás, porque la virtud de la caridad para con Dios lleva consigo todas las virtudes. Quien ama a Dios es humilde, casto, obediente, mortificado...; posee, en suma, las virtudes todas. Por eso decía San Agustín: Ama a Dios y haz lo que quieras, pues el que ama a Dios evitará cuanto pueda desagradar al Señor, y sólo procurará complacerle en todo.

La otra gracia de la perseverancia es aquella que nos hace alcanzar la eterna salvación. Dice San Bernardo(6) que el cielo está prometido a los que comienzan a vivir santamente; pero que no se da sino a los que perseveran hasta el fin. Mas esta perseverancia, como enseñan los Santos Padres, sólo se otorga a los que la piden. Por lo cual afirma Santo Tomás (3 p., q. 30, art. 5) que para entrar en la gloria se requiere continua oración, según lo que antes había dicho nuestro Salvador (Lc., 28, 1): Conviene orar siempre y no desfallecer; por esta causa es que muchos pecadores, aunque hayan sido perdonados, no perseveran en la gracia de Dios, porque después de alcanzar el perdón olvidan pedir a Dios perseverancia, sobre todo en tiempo de

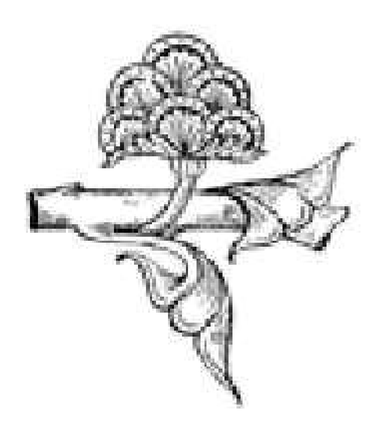
tentaciones, y recaen miserablemente. Si bien el don de la perseverancia es enteramente gratuito y no podemos merecerle con nuestras obras, podemos, sin embargo, dice el Padre Suárez, alcanzarle infaliblemente por medio de la oración, como había dicho ya San Agustín: "*Este don de la perseverancia, orando lo podemos merecer; es decir, rogando y pidiendo, alcanzarlo*".

Ya he demostrado más detalladamente esta necesidad de la oración en otro opúsculo, titulado "Del gran medio de la oración"(7), obrita que, aunque corta, es fruto de largo trabajo y utilísima, en mi sentir, para todo el mundo. Y así, me atrevo a asegurar que, entre todos los libros espirituales, no hay ni puede haber ninguno más útil ni necesario para obtener la salvación eterna que el que trate de la oración.

A fin de que las consideraciones de esta obra puedan también servir para la predicación a los sacerdotes que no tengan muchos libros ni tiempo de leerlos, las he enriquecido con textos de la Escritura y pasajes de los Santos Padres; citas que, aunque breves, encierran altísimo espíritu, como conviene para predicar la palabra de Dios. Los tres puntos de cada una de las consideraciones forman un sermón completo, para eso he procurado recoger de muchos autores los afectos que me han parecido más vivos y propios para mover el ánimo, exponiéndolos con variedad y concisión, con objeto de que el lector escoja los que más le agraden y los dilate luego a su gusto. Sea todo para gloria de Dios.

Ruego al que leyere este libro, ya en mi vida, ya después de mi muerte, que me encomiende mucho a Jesucristo, y yo prometo hacer lo mismo por todos los que tengan para conmigo esa caridad. ¡Viva Jesús, nuestro amor, y María, nuestra esperanza!

****



PRIMERA CONSIDERACIÓN

RETRATO DE UN HOMBRE QUE ACABA DE MORIR

Pulvis es, et in pulverem reverteris.
Polvo eres y en polvo te convertirás.
Gn., III,. 19.

PUNTO PRIMERO
El hombre en el día de su muerte

Considera que tierra eres y en tierra te has de convertir. Día llegará en que será necesario ir y pudrirse en una fosa, donde estarás cubierto de gusanos (Sal., 14, 11). A todos, nobles o plebeyos, príncipes o vasallos, ha de tocar la misma suerte. Apenas, con el último suspiro, salga el alma del cuerpo, pasará a la eternidad, y el cuerpo, luego, se reducirá a polvo (Sal. 103, 29).

Imagínate en presencia de una persona que acaba de expirar: Mira aquel cadáver, tendido aún en su lecho mortuorio; la cabeza inclinada sobre el pecho; esparcido el cabello, todavía bañado con el sudor de la muerte; hundidos los ojos; desencajadas las mejillas; el rostro de color de ceniza; los labios y la lengua de color de plomo; yerto y pesado el cuerpo... Tiembla y palidece quien lo ve!... ¡ Cuántos, sólo por haber contemplado a un pariente o amigo muerto, han mudado de vida y abandonado el mundo!

Pero todavía inspira el cadáver horror más intenso cuando comienza a descomponerse... Ni un día ha pasado desde que murió aquel joven, y ya se percibe un hedor insoportable. Hay que abrir las ventanas, y quemar perfumes, y procurar que pronto lleven al difunto a la iglesia o al cementerio, y que le entierren en seguida, para que no inficione toda la casa... Y el que haya sido aquel cuerpo de un noble o un potentado no servirá, acaso, sino para que despida más insufrible fetidez, dice un autor .

¡Mira en lo que ha venido a parar aquel hombre soberbio, aquel deshonesto!... Poco ha, veíase acogido y agasajado en el trato de la sociedad; ahora es horror y espanto de quien le mira. Apresúrase la familia a arrojarle de casa, y pagan portadores para que, encerrado en su ataúd, se lo lleven y den sepultura... Pregonaba la fama no ha mucho el talento, la finura, la cortesía y

gracia de ese hombre; mas a poco de haber muerto, ni aun su recuerdo se conserva (Sal. 9, 7).

Al oír la nueva de su muerte, limítanse unos a decir que era un hombre honrado; otros, que ha dejado a su familia con grandes riquezas. Contrístame algunos, porque la vida del que murió les era provechosa; alégranse otros, porque esa muerte puede serles útil. Por fin, al poco tiempo, nadie habla ya de él, y hasta sus deudos más allegados no quieren que de él se les hable, por no renovar el dolor. En las visitas de duelo se trata de otras cosas; y si alguien se atreve a mencionar al muerto, no falta un pariente que diga: «¡ Por caridad, no me lo nombréis más!»

Considera que lo que has hecho en la muerte de tus deudos y amigos así se hará en la tuya. Entran los vivos en la escena del mundo a representar su papel y a recoger la hacienda y ocupar el puesto de los que mueren; pero el aprecio y memoria de éstos poco o nada duran. Aflígense al principio los parientes algunos días, mas en breve se consuelan por la herencia que hayan obtenido, y muy luego parece como que su muerte los regocija. En aquella misma casa donde hayas exhalado el último suspiro, y donde Jesucristo te habrá juzgado, pronto se celebrarán, como antes, banquetes y bailes, fiestas y juegos... Y tu alma, ¿dónde estará entonces?

AFECTOS Y PETICIONES

¡Gracias mil os doy, oh Jesús y Redentor mío, porque no habéis querido que muriese cuando estaba en desgracia vuestra! ¡Cuántos años ha que merecía estar en el infierno!... Si hubiera muerto en aquel día, en aquella noche, ¿qué habría sido de mí por toda la eternidad?... ¡Señor!, os doy fervientes gracias por tal beneficio. Acepto mi muerte en satisfacción de mis pecados, y la acepto tal y como os plazca enviármela. Mas ya que me habéis esperado hasta ahora, retardadla un poco todavía. Dadme tiempo de llorar las ofensas que os he hecho, antes que llegue el día en que habéis de juzgarme (Jb., 10, 20). No quiero resistir más tiempo a vuestra voz... ¡Quién sabe si estas palabras que acabo de leer son para mí vuestro último llamamiento! Confieso que no merezco misericordia. ¡Tantas veces me habéis perdonado, y yo, ingrato, he vuelto a ofenderos! ¡Señor, ya que no sabéis desechar ningún corazón que se humilla y arrepiente, ved aquí al traidor que, arrepentido, a Vos acude! Por piedad, no me arrojéis de vuestra presencia (Sal. 50, 13). Vos mismo habéis dicho: Al que viniere a Mí no le desecharé. Verdad es que os he ofendido más que nadie, porque más que a nadie me habéis favorecido con vuestra luz y

gracia. Pero la sangre que por mí habéis derramado me da ánimos y esperanza de alcanzar perdón si de veras me arrepiento... Sí, bien sumo de mi alma; me arrepiento de todo corazón de haberos despreciado. Perdonadme y concededme la gracia de amaros en lo sucesivo. Basta ya de ofenderos. No quiero, Jesús mío, emplear en injuriaros el resto de mi vida; quiero sólo invertirle en llorar siempre las ofensas que os hice, y en amaros con todo mi corazón. ¡Oh Dios, digno de amor infinito!...

¡Oh María, mi esperanza, rogad a Jesús por mi!

PUNTO SEGUNDO
El cadáver en la tumba

Mas para ver mejor lo que eres, cristiano —dice San Juan Crisóstomo—, ve a un sepulcro, contempla el polvo, la ceniza y los gusanos, y llora. Observa cómo aquel cadáver va poniéndose lívido, y después negro. Aparece luego en todo el cuerpo una especie de vellón blanquecino y repugnante, de donde sale una materia pútrida, viscosa y hedionda, que cae por la tierra. Nacen en tal podredumbre multitud de gusanos, que se nutren de la misma carne, a los cuales, a veces, se agregan las ratas para devorar aquel cuerpo, corriendo unas por encima de él, penetrando, otras por la boca y las entrañas. Cáense a pedazos las mejillas, los labios y el pelo; descarnase el pecho, y luego los brazos y las piernas. Los gusanos, apenas han consumido las carnes del muerto, se devoran unos a otros, y de todo aquel cuerpo no queda, finalmente, más que un fétido esqueleto, que con el tiempo se deshace, separándose los huesos y cayendo del tronco la cabeza. Reducido como a tamo de una era de verano que arrebató él viento... (Dn., 2, 35). Esto es el hombre: un poco de polvo que el viento dispersa.

¿Dónde está, pues, aquel caballero a quien llamaban alma y encanto de la conversación? Entrad en su morada; ya no está allí. Visitad su lecho; otro lo disfruta. Buscad sus trajes, sus armas; otros lo han tomado y repartido todo. Si queréis verle, asomaos a aquella fosa, donde se halla convertido en podredumbre y descamados huesos... ¡Oh Dios mío! Ese cuerpo alimentado con tan deliciosos manjares, vestido con tantas galas, agasajado por tantos servidores, ¿se ha reducido a eso?

Bien entendisteis vosotros la verdad, ¡oh Santos benditos !, que por amor de Dios—fin único que amasteis en el mundo—supisteis mortificar vuestros cuerpos, cuyos huesos son ahora, como preciosas reliquias, venerados y

conservados en urnas de oro. Y vuestras almas hermosísimas gozan de Dios, esperando el último día para unirse a vuestros cuerpos gloriosos, que serán compañeros y partícipes de la dicha sin fin, como lo fueron de la cruz en esta vida. Tal es el verdadero amor al cuerpo mortal; hacerle aquí sufrir trabajos para que luego sea feliz eternamente, y negarle todo placer que pudiera hacerle para siempre desdichado.

AFECTOS Y PETICIONES

¡He aquí, Dios mío, a qué se reducirá también este mi cuerpo, con que tanto os he ofendido: a gusanos y podredumbre! Mas no me aflige, Señor; antes bien, me complace que así haya de corromperse y consumirse esta carne, que me ha hecho perderos a Vos, mi sumo bien. Lo que me contrista es el haberos causado tanta pena por haberme procurado tan míseros placeres. No quiero, con todo, desconfiar de vuestra misericordia. Me habéis guardado para perdonarme (Is., 30, 18), ¿no querréis, pues, perdonarme si me arrepiento?... Arrepiéntome, sí, ¡oh Bondad infinita!, con todo mi corazón, de haberos despreciado. Diré, con Santa Catalina de Génova: Jesús mío, no más pecados, no más pecados. No quiero abusar de vuestra paciencia. No quiero aguardar para abrazaros a que el confesor me in11 vite a ello en la hora de la muerte. Desde ahora os abrazo, desde ahora os encomiendo mi alma. Y como esta alma mía ha estado tantos años en el mundo sin amaros, dadme luces y fuerzas para que os ame en todo el tiempo de vida que me reste. No esperaré, no, para amaros, a que llegue la hora de mi muerte. Desde ahora mismo os abrazo y estrecho contra mi corazón, y prometo no abandonaros nunca...

¡Oh Virgen Santísima!, unidme a Jesucristo y alcanzadme la gracia de que jamás le pierda.

PUNTO TERCERO
Reflexiona en presencia de la tumba

En esta pintura de la muerte, hermano mío, reconócete a ti mismo, y mira lo que algún día vendrás a ser: Acuérdate de que eres polvo y en polvo te convertirás. Piensa que dentro de pocos años, quizá dentro de pocos meses o días, no serás más que gusanos y podredumbre. Con tal pensamiento se hizo Job (17, 14) un gran santo. A la podredumbre dije: Mi padre eres tú, y mi madre y mi hermana a los gusanos. Todo ha de acabar. Y si en la muerte pierdes tu alma, todo estará perdido para ti. Considérate ya muerto—dice San Lorenzo Justiniano —, pues sabes que necesariamente has de morir. Si

ya estuvieses muerto, ¿qué no desearías haber hecho?... Pues ahora que vives, piensa que algún día muerto estarás. Dice San Buenaventura que el piloto, para gobernar la nave, se pone en el extremo posterior de ella. Así, el hombre, para llevar buena y santa vida, debe imaginar siempre que se halla en la hora de morir. Por eso exclama San Bernardo: Mira los pecados de tu juventud, y ruborízate; mira los de la edad viril, y llora; mira los últimos desórdenes de la vida, y estremécete, y ponles pronto remedio.

Cuando San Camilo de Lelis se asomaba a alguna sepultura, decíase a sí mismo: «Si volvieran los muertos a vivir, ¿qué no harían por la vida eterna? Y yo, que tengo tiempo, ¿qué hago por mi alma?...» Por humildad decía esto el Santo; mas tú, hermano mío, tal vez con razón pudieras temer el ser aquella higuera sin fruto de la cual dijo el Señor: Tres años que vengo a buscar fruto a esta higuera, y no le hallo (Lc., 13, 7). Tú, que estás en el mundo más de tres años ha, ¿qué frutos has producido?... Mirad—dice San Bernardo—que el Señor no busca solamente flores, sino frutos; es decir, que no se contenta con buenos propósitos y deseos, sino que exige santas obras. Sabe, pues, aprovecharte de este tiempo que Dios, por su misericordia, te concede, y no esperes para obrar bien a que ya sea tarde, al solemne instante en que se te diga: ¡Ahora! Llegó el momento de dejar este mundo. ¡Pronto!... Lo hecho, hecho está.

AFECTOS Y PETICIONES

Aquí me tenéis, Dios mío; yo soy aquel árbol que desde muchos años ha merecía haber oído de Vos estas palabras: Córtale, pues ¿para qué ha de ocupar terreno en balde?... (Lc., 13, 7). Nada más cierto, porque en tantos años como estoy en el mundo no os he dado más frutos que abrojos y espinas de mis pecados... 13 Mas Vos, Señor, no queréis que yo pierda la esperanza. A todos habéis dicho que quien os busca os halla (Lc., 11, 9). Yo os busco, Dios mío, y quiero recibir vuestra gracia. Aborrezco de todo corazón cuantas ofensas os he hecho, y quisiera morir por ellas de dolor. Si en lo pasado huí de Vos, más aprecio ahora vuestra amistad que poseer todos los reinos del mundo. No quiero resistir más a vuestro llamamiento. Ya que es voluntad vuestra que del todo me dé a Vos, sin reserva a Vos me entrego todo... En la cruz os disteis todo a mí. Yo me doy todo a Vos. Vos, Señor, habéis dicho: Si algo pidiereis en mi nombre, Yo lo haré (Jn., 14, 14). Confiado yo, Jesús mío, en esta gran promesa, en vuestro nombre y por vuestros méritos os pido vuestra gracia y vuestro amor. Haced que de ellos se llene mi alma, antes morada de pecados. Gracias os doy por haberme

inspirado que os dirija esta oración, señal cierta de que queréis oírme. Oídme, pues, ¡oh Jesús mío!, concededme vivo amor hacia Vos, deseo eficacísimo de complaceros y fuerza para cumplirle...

¡Oh María, mi gran intercesora, escuchadme Vos también, y rogad a Jesús por mí!

SEGUNDA CONSIDERACIÓN

CON LA MUERTE TODO SE ACABA

Venit finis, finis venit.
El fin lega, llega el fin.
Ez., VII, 2.

PUNTO PRIMERO
Con la muerte acaban las riquezas

Llaman los mundanos feliz solamente a quien goza de los bienes de este mundo, honras, placeres y riquezas. Pero la muerte acaba con toda esta ventura terrenal. ¿Qué es vuestra vida? Es un vapor que aparece por un poco (Stg., 4, 15). Los vapores que la tierra exhala, si acaso, se alzan por el aire, y la luz del sol los dora con sus rayos, tal vez forman vistosísimas apariencias; mas, ¿cuánto dura su brillante aspecto?... Sopla una ráfaga de viento, y todo desaparece. .. Aquel prepotente, hoy tan alabado, tan temido y casi adorado, mañana, cuando haya muerto, será despreciado, hollado y maldito.

Con la muerte hemos de dejarlo todo. El hermano del gran siervo de Dios Tomás de Kempis preciábase de haberse edificado una muy bella casa. Uno de sus amigos le dijo que notaba en ella un grave defecto. «¿Cuál es?»—le preguntó aquél—. «El defecto— respondió el amigo—-es que habéis hecho en ella una puerta.» «¡Cómo!—dijo el dueño de la casa—, ¿la puerta es un defecto?» «Sí—replicó el otro—, porque por esa puerta tendréis algún día que salir, ya muerto, dejando así la casa y todas vuestras cosas.»

La muerte, en suma, despoja al hombre de todos los bienes de este mundo... ¡Qué espectáculo el ver arrojar fuera de su propio palacio a un príncipe, que jamás volverá a entrar en él, y considerar que otros toman posesión de los muebles, tesoros y demás bienes del difunto! Los servidores le dejan en la sepultura con un vestido que apenas basta para cubrirle el cuerpo. No hay ya quien le atienda ni adule, ni, tal vez, quien haga caso de su postrera voluntad. Saladino, que conquistó en Asia muchos reinos,

dispuso, al morir, que cuando llevasen su cuerpo a enterrar le precediese un soldado llevando colgada de una lanza la túnica interior del muerto, y exclamando: «Ved aquí todo lo que lleva Saladino al sepulcro.»

Puesto en la fosa el cadáver del príncipe, deshácense sus carnes, y no queda en los restos mortales señal alguna que los distinga de los demás. Contempla los sepulcros— dice San Basilio—, y no podrás distinguir quién fue el siervo ni quién el señor. En presencia de Alejandro Magno, mostrábase Diógenes un día buscando muy solícito alguna cosa entre varios huesos humanos. «¿Qué buscas?»—preguntó Alejandro con curiosidad—. «Estoy buscando—respondió Diógenes— el cráneo del rey Filipo, tu padre, y no puedo distinguirle. Muéstramelo tú, si sabes hallarle.» Desiguales nacen los hombres en el mundo, pero la muerte los iguala (1), dice Séneca. Y Horacio decía que la muerte iguala los cetros y las azadas (2). En suma, cuando viene la muerte, finís venit, todo se acaba y todo se deja, y de todas las cosas del mundo nada llevamos a la tumba.

AFECTOS Y PETICIONES

Señor, ya que dais luz para conocer que cuanto el mundo estima es humo y demencia, dadme fuerza para desasirme de ello antes que la muerte me lo arrebate. ¡Infeliz de mí, que tantas veces, por míseros placeres y bienes de la tierra, os he ofendido a Vos y perdido el bien infinito!...

¡Oh Jesús mío, médico celestial, volved los ojos hacia mi pobre alma; curadla de las llagas que yo mismo abrí con mis pecados y tened piedad de mí! Sé que podéis y queréis sanarme, mas para ello también queréis que me arrepienta de las ofensas que os hice. Y como me arrepiento de corazón, curadme, ya que podéis hacerlo (Salmo 40, 5). Me olvidé de Vos; pero Vos no me habéis olvidado, y ahora me dais a entender que hasta queréis olvidar mis ofensas, con tal que yo las deteste (Ez., 18, 21). Las detesto y aborrezco sobre todos los males... Olvidad, pues, Redentor mío, las amarguras de que os he colmado. Prefiero, en adelante, perderlo todo, hasta la vida, antes que perder vuestra gracia... ¿De qué me servirían sin ella todos los bienes del mundo? Dignaos ayudarme, Señor, ya que conocéis mi flaqueza. . . El infierno no dejará de tentarme : mil asaltos prepara para hacerme otra vez su esclavo. Mas Vos, Jesús mío, no me abandonéis. Esclavo quiero ser de vuestro amor. Vos sois mi único dueño, que me ha creado, redimido y amado sin límites... Sois el único que merece amor, y a 17 Vos solo quiero amar.

PUNTO SEGUNDO
Con la muerte se acaban todas las grandezas

Felipe II, rey de España, estando a punto de morir, llamó a su hijo, y alzando el manto real con que se cubría, mostró le el pecho, ya roído de gusanos, y le dijo : Mirad, príncipe, cómo se muere y cómo acaban todas las grandezas de este mundo... Bien dice Teodoreto que la muerte no teme las riquezas, ni a los vigilantes, ni la púrpura; y que así de los vasallos como de los príncipes, se engendra la podredumbre y mana la corrupción. De suerte que todo el que muere, aunque sea un príncipe, nada lleva consigo al sepulcro. Toda su gloria acaba en el lecho mortuorio (Sal. 48, 18).

Refiere San Antonio que cuando murió Alejandro Magno exclamó un filósofo: «El que ayer hollaba la tierra, hoy es por la tierra oprimido. Ayer no le bastaba la tierra entera; hoy tiene bastante con siete palmos. Ayer guiaba por el mundo ejércitos innumerables; hoy unos pocos sepultureros le llevan al sepulcro. Mas oigamos, ante todo, lo que nos dice Dios: ¿Por qué se ensoberbece el polvo y la ceniza? (Ecli., 10, 9). ¿Para qué inviertes tus años y tus pensamientos en adquirir grandezas de este mundo? Llegará la muerte y se acabarán todas esas grandezas y todos tus designios (Salmo 145, 4).

¡Cuan preferible fue la muerte de San Pedro el ermitaño, que vivió sesenta años en una gruta, a la de Nerón, emperador de Roma! ¡ Cuánto más dichosa la muerte de San Félix, lego capuchino, que la de Enrique VIII, que vivió entre reales grandezas, siendo enemigo de Dios! 18 Pero es preciso atender a que los Santos, para alcanzar muerte semejante, lo abandonaron todo: patria, deleites y cuantas esperanzas el mundo les brindaba, y abrazaron pobre y menospreciada vida. Sepultáronse vivos sobre la tierra para no ser, al morir, sepultados en el infierno...

Mas, ¿cómo pueden los mundanos esperar muerte feliz viviendo, como viven, entre pecados, placeres terrenos y ocasiones peligrosas? Amenaza Dios a los pecadores con que en la hora de la muerte le buscarán y no lo hallarán (Jn., 7, 34). Dice que entonces no será el tiempo de la misericordia, sino el de la justa venganza (Dt., 32, 35).

Y la razón nos enseña esta misma verdad, porque en la hora de la muerte el hombre mundano se hallará débil de espíritu, oscurecido y duro de corazón por el mal que haya hecho; las tentaciones serán entonces más fuertes, y el que en vida se acostumbró a rendirse y deja e vencer, ¿cómo resistirá en

aquel trance? Necesitaría una extraordinaria y poderosa gracia divina que le mudase el corazón; pero ¿acaso Dios está obligado a dársela? ¿La habrá merecido tal vez con la vida desordenada que tuvo?... Y, sin embargo, tratase en tal ocasión de la desdicha o de la felicidad eternas... ¿Cómo es posible qué, al pensar en esto, quien crea las verdades de la fe no lo deje todo para entregarse por entero a Dios, que nos juzgará según nuestras obras?

AFECTOS Y PETICIONES

¡Ah Señor! ¡Cuántas noches he pasado sin vuestra gracia!... ¡En qué miserable estado se hallaba entonces mi alma!... ¡ La odiabais Vos, y ella quería vuestro odio! Condenado estaba ya al infierno; sólo faltaba que se ejecutase la sentencia... Vos, Dios mío, siempre os habéis acercado a mí, invitándome al perdón. Mas ¿quién me asegurará que ya me habéis ahora perdonado? ¿Habré de vivir, Jesús mío, con este temor hasta que vengáis a juzgarme?... Con todo el dolor que siento por haberos ofendido, mi deseo de amaros y vuestra Pasión, ¡oh Redentor mío!, me hacen esperar que estaré en vuestra gracia. Arrepiéntome de haberos ofendido, ¡oh Soberano bien!, y os amo sobre todas las cosas. Resuelvo antes perderlo todo que perder vuestra gracia y vuestro amor. Deseáis Vos que sienta alegría el corazón que os busque (1 Co., 16, 10). Detesto, Señor, las injurias que os hice; inspiradme confianza y valor. No me reprochéis más mi ingratitud, que yo mismo la conozco y aborrezco. Dijisteis que no queréis la muerte del pecador, sino que se convierta y viva (Ez., 33, 11). Pues todo lo dejo, ¡oh Dios mío!, y me convierto a Vos, y os buscó y os quiero y os amo sobre todas las cosas. Dadme vuestro amor, y nada más os pido...

¡Oh María, que sois mi esperanza, alcanzadme perseverancia en la virtud!

PUNTO TERCERO
Con la muerte se acaban los goces del mundo

A la felicidad de la vida presente llamaba David (Salmo 72, 20) un sueño de quien despierta, y comentando estas palabras, escribe un autor: «Los bienes de este mundo parecen grandes; mas nada son de suyo, y duran poco, como el sueño, que pronto desaparece.»

La idea de que todo se acaba con la muerte inspiró a San Francisco de Borja la resolución de entregarse por completo a Dios. Habíanle dado el

encargo de acompa20 ñar hasta Granada el cadáver de la emperatriz Isabel, y cuando abrieron el ataúd, tales fueron el horrible aspecto que ofreció y el hedor que despedía, que todos los acompañantes huyeron. Mas San Francisco, alumbrado por divina luz, quedóse a contemplar en aquel cadáver la vanidad del mundo, considerando cómo podía ser aquélla su emperatriz Isabel, ante la cual tantos grandes personajes doblaban reverentes la rodilla. Preguntábase qué se habían hecho de tanta majestad y tanta belleza. Así, pues, díjose a sí mismo: « ¡.En esto acaban las grandezas y coronas del mundo!... ¡No más servir a señor que se me pueda morir!...» Y desde aquel momento se consagró enteramente al amor del Crucificado, e hizo voto de entrar en Religión si antes que él moría su esposa; y, en efecto, cuando la hubo perdido, entró en la Compañía de Jesús.

Con verdad un hombre desengañado escribía en un cráneo humano: Cogitantí vilescunt omnia .. Al que en esto piensa todo le parece vil... Quien medita en la muerte no puede amar la tierra... ¿Por qué hay tanto desdichado amador del mundo? Porque no piensan en la muerte... ¡Míseros hijos de Adán!, nos dice el Espíritu Santo (Sal. 4, 3), ¿por qué no desterráis del corazón los afectos terrenos, en los cuales amáis la vanidad y la mentira? Lo que sucedió a vuestros antepasados os acaecerá también a vosotros; en vuestro mismo palacio vivieron, en vuestro lecho reposaron; ya no están allí, y lo propio os ha de suceder.

Entrégate, pues, a Dios, hermano mío, antes que llegue la muerte. No dejes para mañana lo que hoy puedes hacer (Ecc., 9, 10); porque este día de hoy pasa y no vuelve; y en el de mañana pudiera la muerte presentársete, y ya nada te permitiría hacer. Procura sin demora desasirte de lo que te aleja o pueda alejarte de Dios. Dejemos pronto con el afecto estos bienes de la tierra, antes que la muerte por fuerza nos los arrebate. ¡ Bienaventurados los que al morir están ya muertos a los afectos terrenales! (Ap., 14, 13). No temen éstos la muerte, antes bien, la desean y abrazan con alegría, porque en vez de apartarlos de los bienes que aman, los une al Sumo Bien, único digno de amor, que les hará para siempre felices.

AFECTOS Y PETICIONES

Mucho os agradezco, amado Redentor mío, que me hayáis esperado. ¡Qué hubiera sido de mí si me hubierais hecho morir cuando tan alejado me hallaba de Vos! ¡ Benditas sean para siempre vuestra misericordia y la paciencia con que me habéis tratado!... Os doy fervientes gracias por los

dones y luces con que me habéis enriquecido... Entonces no os amaba ni me cuidaba de que me amaseis. Ahora os amo con toda el alma, y mi mayor pena es el haber desagradado a vuestra infinita bondad. Atorméntame ese dolor: ¡ dulce tormento, que me trae la esperanza de que me hayáis perdonado! ¡Ojalá hubiera muerto mil veces, dulcísimo Salvador mío, antes de haberos ofendido!... Me estremece el temor de que en lo futuro pudiera volver a ofenderos. .. ¡Ah, Señor! Enviadme la muerte más dolorosa que hubiere antes de que otra vez pierda vuestra gracia. 22 Esclavo fui del infierno; ahora vuestro siervo soy, ¡oh Dios de mi alma!... Dijisteis que amaríais a quien os amase... Pues yo os amo; soy vuestro y Vos sois mío... Y como pudiera perderos en lo por venir, sólo os pido la gracia de que me hagáis morir antes que de nuevo os pierda... Y si tantos beneficios me habéis dado sin que yo los pidiera, no puedo temer me neguéis este que os pido ahora. No permitáis, pues, que os pierda. Concededme vuestro amor, y nada más deseo

¡Oh María, esperanza mía, interceded por mi!

TERCERA CONSIDERACIÓN

BREVEDAD DE LA VIDA

Quae est vita vestra? Vapor est
ad módícu parens..
¿Qué es vuestra vida? Vapor es
que aparece por un poco tiempo.
Jac., IV, 15.

PUNTO PRIMERO
La muerte viene pronto

¿Qué es nuestra vida?... Es como un tenue vapor que el aire dispersa y al punto acaba. Todos sabemos que hemos de morir. Pero muchos se engañan, figurándose la muerte tan lejana como si jamás hubiese de llegar.

Mas, como nos advierte Job, la vida humana es brevísima: El hombre viviendo breve tiempo, brota como flor, y se marchita. Manda el Señor a Isaías que anuncie esa misma verdad: Clama —le dice— que toda carne es heno...; verdaderamente, heno es él pueblo: secóse el heno y cayó la flor (Is., 40, 6-7). Es, pues, la vida del hombre como la de esa planta. Viene la muerte, sécase el heno, acábase la vida, y cae marchita la flor de las grandezas y bienes terrenos. Corre hacia nosotros velocísima la muerte, y

nosotros en cada instante hacia ella corremos (Jb., 9, 25). Todo este tiempo en que escribo —dice San Jerónimo— se quitade mi vida. Todos morimos, y nos deslizamos coma sobre la tierra el agua, que no se vuelve atrás (2 Reg., 14, 14). Ved cómo corre a la mar aquel arroyuelo; sus corrientes aguas no retrocederán. Así, hermano mío, pasan tus días y te acercas a la 24 muerte. Placeres, recreos, faustos, elogios, alabanzas, todo va pasando... ¿Y qué nos queda?... Sólo me resta el sepulcro (Jb., 17, 1). Seremos sepultados en la fosa, y allí habremos de estar pudriéndonos, despojados de todo.

En el trance de la muerte, el recuerdo de los deleites que en la vida disfrutamos y de las honras adquiridas sólo servirá para acrecentar nuestra pena y nuestra desconfianza de obtener la eterna salvación... ¡Dentro de poco, dirá entonces el infeliz mundano, mi casa, mis jardines, esos muebles preciosos, esos cuadros, aquellos trajes, no serán ya para mí! Sólo me resta el sepulcro. ¡Ah! ¡Con dolor profundo mira entonces los bienes de la tierra quien los amó apasionadamente! Pero ese dolor no vale más que para aumentar el peligro en que está la salvación. Porque la experiencia nos prueba que tales personas apegadas al mundo no quieren ni aun en el lecho de la muerte que se les hable sino de su enfermedad, de los médicos a que pueden consultar, de los remedios que pudieran aliviarlos. Y apenas se les dice algo de su alma, se entristecen de improviso y ruegan que se les deje descansar, porque les duele la cabeza y no pueden resistir la conversación. Si por acaso quieren contestar, se confunden y no saben qué decir. Y a menudo, si el confesor les da la absolución, no es porque los vea bien dispuestos, sino porque no hay tiempo que perder. Así suelen morir los que poco piensan en la muerte.

AFECTOS Y PETICIONES

¡Ah Señor mío y Dios de infinita majestad! Me avergüenzo de comparecer ante vuestra presencia. ¡Cuántas veces he injuriado vuestra honra, posponiendo vuestra gracia a un mísero placer, a un ímpetu de rabia, a un poco de barro, a un capricho, a un humo leve!

Adoro y beso vuestras llagas, que con mis pecados he abierto; mas por ellas mismas esperó mi perdón y salud. Dadme a conocer, ¡oh Jesús!, la gravedad de la ofensa que os hice, siendo como sois la fuente de todo bien, dejándoos para saciarme de aguas pútridas y envenenadas.

¿Qué me resta de tanta ofensa sino angustia, remordimiento de conciencia y méritos para el infierno? Padre, no soy digno de llamarme hijo tuyo (Lc.,

15, 21). No me abandones, Padre mío; verdad es que no merezco la gracia de que me llames tu hijo. Pero has muerto para salvarme... Habéis dicho, Señor: Volveos a Mi y Yo me volveré a vosotros (Zac., 1, 3). Renuncio, pues, a todas las satisfacciones. Dejo cuantos placeres pudiera darme el mundo, y me convierto a Vos. Por la sangre que por mi derramasteis, perdonadme, Señor, que yo me arrepiento de todo corazón de haberos ultrajado. Me arrepiento y os amo más que todas las cosas. Indigno soy de amaros; mas Vos, que merecéis tanto amor, no desdeñéis el de un corazón que antes os desdeñaba. Con el fin de que os amase, no me hicisteis morir cuando yo estaba en pecado.. Deseo, pues, amaros en la vida que me reste, y no amar a nadie más que a Vos. Ayudadme, Dios mío; concededme el don de la perseverancia y vuestro santo amor.

¡Oh María, refugio mío, encomendadme a Jesucristo.

PUNTO SEGUNDO
La vida es corta: luego los vienes de este mundo son pura vanidad

Exclamaba el rey Exequias: Mi vida ha sido cortada como por tejedor. Mientras se estaba aún formando, me cortó (Is., 38, 12). ¡ Oh, a cuántos que están tramando la tela de su vida, 26 ordenando y persiguiendo previsoramente sus mundanos designios, los sorprende la muerte y lo rompe todo! Al pálido resplandor de la última luz se oscurecen y roban todas las cosas de la tierra: aplausos, placeres, grandezas y galas... ¡Gran secreto de la muerte! Ella sabe mostrarnos lo que no ven los amantes del mundo. Las más envidiadas fortunas, las mayores dignidades, los magníficos triunfos, pierden todo su esplendor cuando se les contempla desde el lecho de muerte. La idea de cierta falsa felicidad que nos habíamos forjado se trueca entonces en desdén contra nuestra propia locura. La negra sombra de la muerte cubre y oscurece hasta las regias dignidades.

Ahora las pasiones nos presentan los bienes del mundo muy diferentes de lo que son. Mas la muerte los descubre y muestran como son en sí humo, fango, vanidad y miseria. .. ¡Oh Dios! ¿De qué sirven después de la muerte las riquezas, dominios y reinos, cuando no hemos de tener más que un ataúd de madera y una mortaja que apenas baste para cubrir el cuerpo? ¿De qué sirven los honores, si sólo nos darán un fúnebre cortejo o pomposos funerales, que si el alma está perdida, de nada le aprovecharán? ¿De qué

sirve la hermosura del cuerpo, si no quedan más que gusanos, podredumbre espantosa y luego un poco de infecto polvo?

Me ha puesto como por refrán del vulgo, y soy delante de ellos un escarmiento (Jb., 17, 6). Muere aquel rico, 27 aquel gobernante, aquel capitán, y se habla de él en dondequiera. Pero si ha vivido mal, vendrá a ser murmurado del pueblo, ejemplo de la vanidad del mundo y de la divina justicia, y escarmiento de muchos. Y en la tumba confundido estará con otros cadáveres de pobres. Grandes y pequeños allí están (J., 3, 18). ¿Para qué le sirvió la gallardía de su cuerpo, si luego no es más que un montón de gusanos? ¿Para qué la autoridad que tuvo, si los restos mortales se pudrirán en el sepulcro, y si el alma está arrojada a las llamas del infierno? ¡Oh, qué desdicha ser para los demás objeto de estas reflexiones, y no haberlas uno hecho en beneficio propio!

Convenzámonos, por tanto, de que para poner remedio a los desórdenes de la conciencia no es tiempo hábil el tiempo de la muerte, sino el de la vida. Apresurémonos, pues, a poner por obra en seguida lo que entonces no podremos hacer. Todo pasa y fenece pronto (1 Co., 7, 29). Procuremos que todo nos sirva para conquistar la vida eterna.

AFECTOS Y PETICIONES

Oh Dios de mi alma, oh bondad infinita! Tened compasión de mí, que tanto os he ofendido. Harto sabia que pecando perdería vuestra gracia, y quise perderla. ¿Me diréis, Señor, lo que debo hacer para recuperarla?... Si queréis que me arrepienta de mis pecados, de ellos me arrepiento de todo corazón, y desearía morir de dolor por haberlos cometido. Si queréis que espere vuestro perdón, lo espero por los merecimientos de vuestra Sangre. Si queréis que os ame sobre todas las cosas, todo lo dejo, renuncio a cuantos placeres o bienes puede darme el mundo, y os amo más que a todo, ¡oh amabilísimo Salvador mío! 28 Si aún queréis que os pida alguna gracia, dos os pediré: que no permitáis os vuelva a ofender; que me concedáis os ame de veras, y luego hacer de mí lo que quisiereis.

¡Oh María, esperanza de mi alma, alcanzadme estas dos gracias. Así lo espero de Vos.

PUNTO TERCERO
La vida es BREVE: luego hay que trabajar para alcanzar la muerte

¡Qué gran locura es, por los breves y míseros deleites de esta cortísima vida, exponerse al peligro de una infeliz muerte y comenzar con ella una desdichada eternidad! ¡Oh, cuánto vale aquel supremo instante, aquel postrer suspiro, aquella última escena! Vale una eternidad de dicha o de tormento. Vale una vida siempre feliz o siempre desgraciada. Consideremos que Jesucristo quiso morir con tanta amargura e ignominia para que tuviéramos muerte venturosa. Con este fin nos dirige tan a menudo sus llamamientos, sus luces, sus reprensiones y amenazas, para que procuremos concluir la hora postrera en gracia y amistad de Dios.

Hasta un gentil, Antistenes, a quien preguntaban cuál era la mayor fortuna de este mundo, respondió que era una buena muerte. ¿Qué dirá, pues, un cristiano á quien la luz de la fe enseña que en aquel trance se emprende uno de los dos caminos, el de un eterno padecer o el de un eterno gozar? Si en una bolsa hubiese dos papeletas, una con el rótulo del infierno, otra con el de la gloria, y tuvieses que sacar por suerte una de ellas para ir sin remedio a donde designase, ¿qué de cuidado no pondrías en acertar a escoger la que te llevase al Cielo? Los infelices que estuvieran condenados a jugarse la vida, ¡cómo temblarían al tirar los dados que fueran a decidir de la vida o la muerte! ¡Con qué espanto te verás próximo a aquel punto solemne en que podrás a ti mismo decirte: «De este instante depende mi vida o muerte perdurables! ¡Ahora se ha de resolver si he de ser siempre bienaventurado o infeliz para siempre! Refiere San Bernardino de Sena que cierto príncipe, estando a punto de morir, atemorizado, decía: Yo, que tantas tierras y palacios poseo en este mundo, ¡ no sé, si en esta noche muero, qué mansión iré a habitar!

Si crees, hermano mío, que has de morir, que hay una eternidad, qué una vez sola se muere, y que, engañándote entonces, el yerro es irreparable para siempre y sin esperanza de remedio, ¿cómo no te decides, desde el instante que esto lees, a practicar cuanto puedas para asegurarte buena muerte?... Temblaba un San Andrés Avelino, diciendo: «¿Quién sabe la suerte que me estará reservada en la otra vida, si me salvaré o me condenaré?...» Temblaba un San Luis Beltrán de tal manera, que en muchas noches no lograba conciliar el sueño, abrumado por el pensamiento que le decía: ¿Quién sabe si te condenarás?... ¿Y tú, hermano mío, que de tantos pecados eres culpable,

no tienes temor?... Sin tardanza, pon oportuno remedio; forma la resolución de entregarte a Dios completamente, y comienza, siquiera desde ahora, una vida que no te cause aflicción, sino consuelo en la hora de la muerte. Dedícate a la oración; frecuenta los sacramentos; apártate de las ocasiones peligrosas, y aun abandona el mundo, si necesario fuere, para asegurar tu salvación; entendiendo que cuando de esto se trata no hay jamás confianza que baste.

AFECTOS Y PETICIONES

¡Cuánta gratitud os debo, amado Salvador mío!... ¿Y cómo habéis podido prodigar tantas gracias a un traidor ingrato para con Vos? Me creasteis, y al crearme veíais ya cuántas ofensas os había de hacer. Me redimisteis, muriendo por mí, y ya entonces percibíais toda la ingratitud con que había de colmaros. Luego, en mi vida del mundo, me alejé de Vos, fui como muerto, como animal inmundo, y Vos, con vuestra gracia, me habéis vuelto a la vida. Estaba ciego, y habéis dado luz a mis ojos. Os había perdido, y Vos hicisteis que os volviera a hallar. Era enemigo vuestro, y Vos me habéis dado vuestra amistad... ¡Oh Dios de misericordia!, haced que conozca lo mucho que os debo y que llore las ofensas que os hice. Véngaos de mi dándome dolor profundo de mis pecados; mas no me castiguéis privándome de vuestra gracia y amor... ¡Oh eterno Padre, abomino y detesto sobre todos los males cuantos pecados cometí ! ¡ Tened piedad de mí, por amor de Jesucristo! Mirad a vuestro Hijo muerto en la cruz, y descienda sobre mí su Sangre divina para lavar mi alma. ¡Oh Rey de mi corazón, adveniat regnum tuum! Resuelto estoy a desechar de mí todo afecto que no sea por Vos. Os amo sobre todas las cosas; venid a reinar en mi alma. Haced que os ame como único objeto de mi amor. Deseo 31 complaceros cuanto me fuere posible en el tiempo de vida que me reste. Bendecid, Padre mío, este mi deseo, y otorgadme la gracia de que siempre esté unido a Vos. Os consagro todos mis afectos, y de hoy en adelante quiero ser sólo vuestro, ¡oh tesoro mío, mi paz, mi esperanza, mi amor y mi todo! De Vos lo espero todo por los merecimientos de vuestro Hijo!

Reina Y Madre mía María, mi reina y mi Madre!, ayudadme con vuestra intercesión. Madre de Dios, rogad por mí.

CUARTA CONSIDERACIÓN

CERTIDUMBRE DE LA MUERTE

Statutum est hominibus semel
mori ad módícu parens..
Está decretado que los hom-
bres que mueren sólo una vez.
Heb. 9, 27.

PUNTO PRIMERO
Todos tenemos que morir

Escrita está la sentencia de muerte para todo el humano linaje. El hombre ha de morir. Decía San Agustín (In Salm. 12): La muerte sólo es segura; los demás bienes y males nuestros, inciertos son. No se puede saber si aquel niño que acaba de nacer será rico o pobre, si tendrá buena o mala salud, si morirá joven o viejo. Todo ello es incierto, pero es cosa indudable que ha de morir. Magnates y reyes serán también segados por la hoz de la muerte, a cuyo poder no hay fuerza que resista. Posible es resistir al fuego, al agua, al hierro, a la potestad de los príncipes, mas no a la muerte. Refiere Vicente de Beauvais que un rey de Francia, viéndose en el término de su vida, exclamó: Con todo mi poder no puedo conseguir que la muerte me espere una hora más. Cuando ese trance llega, ni por un momento podemos demorarle.

Aunque vivieres, lector mío, cuantos años deseas, ha de llegar un día, y en ese día una hora, que será la última para ti. Tanto para mí, que esto escribo, como para ti, que lo lees, está decretado el día y punto en que ni yo podré escribir ni tú leer más. ¿Quién es el hombre que vivirá y no verá la muerte? (Sal. 88, 49). Dada está la sentencia. No ha habido hombre tan necio que se haya forado la ilusión de que no ha de morir. Lo que acaeció a tus antepasados te sucederá también a ti. De cuantas personas vivían en tu patria al comenzar el pasado siglo, ni una sola queda con vida. También los príncipes y monarcas dejaron este mundo. No queda más de ellos que el sepulcro de mármol y una inscripción pomposa, que hoy nos sirve de enseñanza, patentizándonos que de los grandes del mundo sólo resta un poco de polvo detrás de aquellas losas... Pregunta San Bernardo: Dime, ¿dónde están los amadores del mundo? Y responde: Nada de ellos queda, sino cenizas y gusanos.

Preciso es, por tanto, que procuremos, no la fortuna perecedera, sino la que no tiene fin, porque inmortales son nuestras alma. ¿De qué os servirá ser felices en la tierra—-aunque no puede haber verdadera felicidad en un alma que vive alejada de Dios—, si después habréis de ser desdichados eternamente?... Ya os habéis preparado morada a vuestro gusto. Pensad que pronto tendréis que dejarla para consumiros en la tumba. Habéis alcanzado tal vez la dignidad que os eleva sobre los demás hombres. Pero llegará la muerte y os igualará con los más viles plebeyos del mundo.

AFECTOS Y PETICIONES

¡Infeliz de mi!, que durante tantos años sólo he pensado en ofenderos, ¡oh Dios de mi alma !... Pasaron ya esos años; tal vez mi muerte está ya cerca, y no hallo en mí más que remordimiento y dolor. ¡Ah Señor, si os hubiese siempre servido !...¡ Cuan loco fui !... En tantos años como he vivido, en vez de granjear méritos para la otra vida, ¡ me he colmado de deudas para con la divina justicia!... Amado Redentor mío, dadme luz y ánimo para ordenar mi conciencia ahora. Quizá no esté la muerte lejos de mí, y quiero prepararme para aquel momento decisivo de mi felicidad o mi desdicha eterna. Gracias mil os doy por haberme esperado hasta ahora. Y ya que me habéis dado tiempo de remediar el mal cometido, heme aquí, Dios mío; decidme lo que deseáis que haga por Vos. ¿Queréis que me duela de las ofensas que os hice?... Me arrepiento de ellas y las detesto con toda el alma... ¿Queréis que me emplee en amaros estos años o días que me resten? Así lo haré, Señor. ¡Oh Dios mío! También más de una vez formé en lo pasado esas mismas resoluciones, y mis promesas se trocaron en otros tantos actos de traición. No, Jesús mío; no quiero ya mostrarme ingrato a tantas gracias como me habéis dado. Si ahora, al menos, no mudo de vida, ¿cómo podré en la muerte esperar perdón y alcanzar la gloria? Resuelvo, pues, firmemente dedicarme de veras a serviros desde ahora. Y Vos, Señor, ayudadme, no me abandonéis. Ya que no me abandonasteis cuando tanto os ofendía, espero con mayor motivo vuestro socorro ahora que me propongo abandonarlo todo para serviros. Permitid que os ame, ¡oh Dios, digno dé infinito amor! Admitid al traidor que, arrepentido, se postra a vuestros pies y os pide misericordia.

Os amo, Jesús mío, con todo mi corazón y más que a mi mismo. Vuestro soy; disponed de mí y de todas mis cosas como os plazca. Concededme la perseverancia en obedeceros; concededme vuestro amor, y haced de mí lo 35 que os agrade.

María, Madre, refugio y esperanza mía, a Vos me encomiendo; os entrego mi alma; rogad a Dios por mí.

PUNTO PRIMERO
A cada paso nos acercamos a la muerte

Es cierto, pues, que todos estamos condenados a muerte. Todos nacemos, dice San Cipriano, con la cuerda al cuello; y cuantos pasos damos, otro tanto nos acercamos a la muerte... Hermano mío, así como estás inscrito en el libro del bautismo, así algún día te inscribirán en el libro de los difuntos. Así como a veces mencionas a tus antepasados, diciendo: Mi padre, mi hermano, de feliz recuerdo, lo mismo dirán de ti tus descendientes. Tal y como tú has oído muchas veces que las campanas tocaban a muerto por otros, así los demás oirán que tocan por ti.

¿Qué dirías de un condenado a muerte que fuese al patíbulo burlándose, riéndose, mirando a todos lados, pensando en teatros, festines y diversiones? Y tú, ¿no caminas también hacia la muerte? ¿Y en qué piensas? Contempla en aquellas tumbas a tus parientes y amigos, cuya sentencia fue ya ejecutada. ¡Qué terror no siente el reo condenado cuando ve a sus compañeros pendientes del patíbulo y muertos ya! Mira a esos cadáveres; cada uno de ellos dice: Ayer a mí, hoy a ti. Lo mismo repiten todos los días los retratos de los que fueron tus parientes, los libros, las casas, los lechos, los vestidos que has heredado.

¡Qué extremada locura es no pensar en ajustar las cuentas del alma y no disponer los medios necesarios para alcanzar buena muerte, sabiendo que hemos de morir, que después de la muerte nos está reservada una eternidad de gozo o de tormento, y que de ese punto depende el ser para siempre dichosos o infelices! Sentimos compasión por los que mueren de repente sin estar preparados para morir, y, con todo, no tratamos de preparamos, a pesar de que lo mismo puede acaecernos. Tarde o temprano, apercibidos o de improviso, pensemos o no en ello, hemos de morir; ya toda hora y en cada instante nos acercamos a nuestro patíbulo, o sea a la última enfermedad que nos ha de arrojar fuera de este mundo.

Gentes nuevas pueblan, en cada siglo, casas, plazas y ciudades. Los antecesores están en la tumba. Y así como se acabaron para ellos tos días de la vida, así vendrá un tiempo en que ni tú, ni yo, ni persona alguna de los que vivimos ahora viviremos en este mundo. Todos estaremos en la eternidad, que será para nosotros, o perdurable día de gozo, o noche eterna

de dolor. No hay término medio. Es cierto y de fe que, al fin, nos ha de tocar uno u otro destino.

AFECTOS Y PETICIONES

¡Oh mi amado Redentor! No me atrevería a presentarme ante Vos si no os viera en la cruz desgarrado, escarnecido y muerto por mí. Grande es mi ingratitud, pero aún es más grande vuestra misericordia. Grandísimos mis pecados, mas todavía son mayores vuestros méritos. En vuestras llagas, en vuestra muerte, pongo mi esperanza. 37 Merecí el infierno apenas hube cometido mi primer pecado. He vuelto luego a ofenderos mil y mil veces. Y Vos, no sólo me habéis conservado la vida, sino que, con suma piedad y amor, me habéis ofrecido el perdón y la paz. ¿Cómo he de temer que me arrojéis de vuestra presencia ahora que os amo y que no deseo sino vuestra gracia? Sí; os amo de todo corazón, ¡oh Señor mío!, y mi único anhelo se cifra en amaros. Os adoro y me pesa le haberos ofendido, no tanto por el infierno que merecí, como por haberos despreciado a Vos, Dios mío, que tanto me amáis.

Abrid, pues, Jesús mío, el tesoro de vuestra bondad, y añadid misericordia a misericordia. Haced que yo no vuelva a ser ingrato, y mudad del todo mi corazón, de suerte que sea enteramente vuestro, e inflamado siempre por las llamas de vuestra caridad, ya que antes menospreció vuestro amor y le trocó por los viles placeres del mundo. Espero alcanzar la gloria, para siempre amaros; y aunque allí no podré estar entre las almas inocentes, me pondré al lado de las que hicieron penitencia, deseando, con todo, amaros más todavía que aquéllas. Para gloria de vuestra misericordia, vea el Cielo cómo arde en vuestro amor un pecador que tanto os ha ofendido. Resuelvo entregarme a Vos de hoy en adelante, y pensar no más que en amaros. Auxiliadme con vuestra luz y gracia para cumplir ese deseo mío, dado también por vuestra misma bondad.

¡Oh María, Madre de perseverancia, alcanzadme que sea fiel a mi promesa!

PUNTO TERCERO
El pensamiento de la muerte debe desprendernos de las criaturas

¿Cómo, pues, tantos cristianos, ¡oh Dios!, que lo saben, lo creen, lo ven, pueden vivir tan olvidados de la muerte como si nunca tuviesen que morir?

Si después de esta vida no hubiera ni gloria ni infierno, ¿se podría pensar en ello menos de lo que ahora se piensa? De ahí procede la mala vida que llevan. Si quieres, hermano mío, vivir bien, procura en el resto de tus días vivir con el pensamiento de la muerte. ¡Oh, cuan acertadamente juzga las cosas y dirige sus acciones quien juzga y se guía por la idea de que ha de morir! (Ecl., 41, 3).

El recuerdo de la muerte, dice San Lorenzo Justiniano, hace perder el afecto a todas las cosas terrenas. Todos los bienes del mundo se reducen a placeres sensuales, riquezas y honras (1 Jn., 2, 16). Mas el que considera que en breve se reducirá a polvo y será, bajo tierra, pasto de gusanos, todos esos bienes desprecia.

Y en verdad, los Santos, pensando en la muerte, despreciaron los bienes terrenales. Por eso, San Carlos Borromeo tenía siempre en su mesa un cráneo humano para contemplarle a menudo. El Cardenal Baronio llevaba en el anillo, grabadas, estas dos palabras: Memento morí: Acuérdate de que has de morir. El venerable Pedro Ancina, Obispo de Saluzo, había escrito en un cráneo: Fui lo que eres: como soy serás. Un santo ermitaño a quien preguntaron en la hora de la muerte por qué mostraba tanta alegría, respondió: Tan a menudo he tenido fijos los ojos en la muerte, que ahora, cuando se aproxima, no veo cosa nueva.

¿Qué locura no sería la de un viajero que tratase de ostentar grandezas y lujo no mas que en los lugares por donde sólo habría de pasar, y no pensara siquiera en que luego tendría que reducirse a vivir miserablemente donde 39 hubiera de residir durante su vida toda? ¿Y no será un demente el que procura ser feliz en este mundo, donde ha de estar pocos días, y se expone a ser desgraciado en el otro, donde vivirá eternamente? Quien tiene una cosa prestada, poco afecto suele poner en ella, porque sabe que en breve ha de restituirla. Los bienes de la tierra prestados son, y gran necedad el amarlos, puesto que pronto los hemos de dejar. La muerte de todo nos despoja. Y todas nuestras propiedades y riquezas acaban con el último suspiro, con el funeral, con el viaje al sepulcro. Pronto cederás a otros la casa que labraste, y la tumba será morada de tu cuerpo hasta el día del juicio, en el cual pasará al cielo o al infierno, donde ya el alma le habrá precedido.

AFECTOS Y PETICIONES

¿Todo, pues, se ha de acabar para mí en la hora de la muerte? Nada me quedará, ¡oh Dios mío!, más que lo poco que haya hecho por vuestro amor.

¿A qué aguardo?... ¿A que la muerte venga y me halle tan mísero y cargado de culpas como estoy ahora? Si en este instante muriese, moriría con angustiosa inquietud y baño descontento de la vida pasada... No, Jesús mío, no quiero morir así. Yo os agradezco el haberme dado tiempo para amaros y llorar mis faltas. Desde ahora mismo deseo comenzar. Me pesa de todo corazón el haberos ofendido y os amo sobre todas las cosas, ¡oh Sumo Bien!, más que a mi propia vida. Me entrego del todo a Vos, Jesús mío; os abrazo y uno a mi corazón, y desde ahora os encomiendo mi alma (Sal. 30, 6). No quiero esperar para dárosla a que se le 40 ordene salir de este mundo. Ni quiero guardar mi súplica para cuando me llaméis. ¡Oh Jesús, sé mi Salvador! ¡Sálvame ahora, perdonándome y dándome la gracia de tu santo amor! ¿Quién sabe si esta consideración que hoy he leído ha de ser el último aviso que me dais y la postrera de vuestras misericordias para conmigo? Tended la mano, Amor mío, y sacadme del fango de mi tibieza. Dadme eficaz fervor y amorosa obediencia a cuanto queráis de mí. ¡Oh Eterno Padre!, por amor de Jesucristo, concededme la santa perseverancia y el don de amaros..., de amaros mucho en la vida que me reste.

¡Oh María, Madre de misericordia!, por el amor que a vuestro Jesús tuvisteis, alcanzadme esas dos gracias de perseverancia y amor.

QUINTA CONSIDERACIÓN

INCERTIDUMBRE DE LA HORA DE LA MUERTE

Estote parati, quia qua hora non
putatís, Filius hominis veniet
Estad prevenidos, porque a la
hora que menos pensáis vendrá
el Hijo del Hombre.
Lc., 12, 40.

PUNTO PRIMERO
La hora de la muerte nos es desconocida

Certísimo es que todos hemos de morir, mas no sabemos cuándo. Nada hay más cierto que la muerte —dice el idiota—, pero nada más incierto que la hora de la muerte. Determinados están, hermano mío, el año, el mes, el día, la hora y el momento en que tendrás que dejar este mundo y entrar en la eternidad; pero nosotros lo ignoramos. Nuestro Señor Jesucristo, con el fin de que estemos siempre bien preparados, nos dice que la muerte vendrá

como ladrón oculto y de noche (1 Ts., 5, 2). Otras veces nos exhorta a que estemos vigilantes, porque cuando menos lo pensemos vendrá Él mismo a juzgarnos (Lc., 12,40). Decía San Gregorio que Dios nos encubre para nuestro bien la hora de la muerte, con objeto de que estemos siempre apercibidos a morir. Y puesto que la muerte en todo tiempo y en todo lugar puede arrebatarnos, menester es —dice San Bernardo— que si queremos bien morir y salvarnos, estemos esperándola en todo lugar y en todo tiempo.

Nadie ignora que ha de morir; pero el mal está en que muchos miran la muerte tan a lo lejos, que la pierden de vista. Hasta los ancianos más decrépitos y las personas más enfermizas se forjan la ilusión de que todavía han de vivir tres o cuatro años. Yo, al contrario, digo que debemos considerar cuántas muertes repentinas vemos to42 dos los días. Unos mueren caminando, otros sentándose, otros durmiendo en su lecho. Y seguramente ninguno de éstos creía que iba a morir tan de improviso, en aquel día en que murió. Afirmo, además, que de cuantos en este año murieron en su cama, y no de repente, ninguno se figuraba que acabaría su vida dentro del año. Pocas muertes hay que no sean improvisas.

Así, pues, cristianos, cuando el demonio os provoca a pecar con el pretexto de que mañana os confesaréis, decidle: ¿Qué sé yo si hoy será el último de mi vida? Si esa hora, si ese momento en que me apartase de Dios fuese el postrero para mí, y ya no hubiese tiempo de remediarlo, ¿qué seria de mí en la eternidad? ¿A cuántos pobres pecadores no ha sucedido que al recrearse con envenenados manjares los ha salteado la muerte y enviado al infierno? Como los peces en el anzuelo, así serán cogidos los hombres en el tiempo malo (Ecl., 9, 12). El tiempo malo es propiamente aquel en que el pecador está ofendiendo a Dios. Y si el demonio os dice que tal desgracia no ha de sucederos, respondedle vosotros: «Y si me sucediere, ¿qué será de mí por toda la eternidad ?»

SÚPLICAS Y PETICIONES

Señor, el lugar en que yo debía estar ahora no es en éste que me hallo, sino el infierno, tantas veces merecido por mis pecados. Mas San Pedro me adviene que Dios espera con paciencia por amor a nosotros, no queriendo que perezca ninguno, sino que todos se conviertan a penitencia (2 P., 3, 9). De suerte que Vos mismo, Señor, habéis tenido conmigo paciencia extremada y me habéis sufrido porque no queréis que me pierda, sino que,

arrepentido y penitente, me convierta a Vos. Sí, Dios mío, a Ti vuelvo; me postro a tus plantas y te pido misericordia.

Para perdonarme, ha de ser, Señor, vuestra piedad grande y extraordinaria (Sal. 50, 3), porque os he ofendido a sabiendas. Otros pecadores os han ofendido también, pero no disfrutaban de las luces que me habéis otorgado. Y con todo eso, todavía me mandáis que me arrepienta de mis culpas y espere vuestro perdón. Duélame, carísimo Redentor mío, me pesa de todo corazón de haberos ofendido, y espero que me perdonaréis por los merecimientos de vuestra Pasión. Vos, Jesús mío, siendo inocente, quisisteis, como reo, morir en una cruz y derramar toda vuestra Sangre para lavar mis culpas. ¡Oh inocente Sangre, lava las etapas de un penitente! ¡Oh Eterno Padre, perdonadme por amor a Cristo Jesús! Atended sus súplicas ahora que, como abogado mío, os ruega por mí. Mas no me basta el perdón, ¡oh Dios, digno de amor infinito!; deseo además la gracia dé amaros. Os amo, ¡oh Soberano Bien!, y os ofrezco para siempre mi cuerpo, mi alma, mi voluntad. Quiero evitar en lo sucesivo no sólo las faltas graves, sino las más leves, y huir de toda mala ocasión. Ne nos inducas in tentationem. Libradme, por amor a Jesús, de cualquiera ocasión en que pudiera ofenderos. Sed libera nos a malo. Libradme del pecado, y castigadme luego como quisiereis. Acepto cuantas enfermedades, dolores y trabajos os plazca enviarme, con tal que no pierda vuestro amor y gracia. Y pues prometisteis dar lo que os pidiere (Jn., 16, 24), yo os demando sólo la perseverancia y vuestro amor.

¡Oh María, Madre de misericordia, rogad por mi, que confío en Vos!

PUNTO SEGUNDO
Siendo incierta la hora de la muerte, Menester es estar siempre preparado

No quiere el Señor que nos perdamos, y por eso, con la amenaza del castigo, no cesa de advertirnos que mudemos de vida. Si no os convirtiereis, vibrará su espada (Sal. 7, 13). Mirad —dice en otra parte— a cuántos desdichados, que no quisieron enmendarse, los sorprendió de improviso la muerte, cuando menos la esperaban, cuando vivían en paz, preciándose de que aún duraría su vida largos años. Dísenos también: Si no hiciereis penitencia, todos igualmente pereceréis (Lc., 13, 3) ¿Por qué tantos avisos del castigo antes de enviárnosle, sino porque quiere que nos corrijamos y

evitemos la mala muerte? Quien avisa que nos guardemos, no tiene intención de matamos, dice San Agustín.

Preciso es, pues, preparar nuestras cuentas antes que llegue el día de rendirlas. Si en la noche de hoy debieras morir, y, por tanto, hubiera de quedar en ella sentenciada la causa de tu eterna vida, ¿estarías bien preparado? ¿Qué no daríais, quizá, por obtener de Dios un año, un mes, siquiera un día más de tregua? Pues ¿por qué ahora, ya que Dios te concede tiempo, no arreglas tu conciencia? ¿Acaso no puede ser éste tu último día? No tardes en convertirte al Señor, y no lo dilates de día en día, porque su ira vendrá de improviso, y en el tiempo de la venganza te perderá (Ecl, 5, 8-9). Para salvarte, hermano mío, debes abandonar el pecado. Y si algún día has de abandonarle, ¿por qué no le dejas ahora mismo? ¿Esperas, tal vez, a que se acerque la muerte? Pero este instante no es para los obstinados tiempo de perdón, sino de venganza. En el tiempo de la venganza te perderá.

Si alguien os debe una considerable suma, pronto tratáis de asegurar el pago, haciendo que el deudor firme un resguardo escrito; porque decís: «¿Quién sabe lo que puede suceder?» ¿Por que, pues, no usáis de tanta precaución tratándose del alma, que vale mucho más que el dinero? ¿Cómo no decís también: «¿Quién sabe lo que puede ocurrir?» Si perdéis aquella suma, no lo perdéis todo; y aun cuando al perderla nada os quedase de vuestro patrimonio, aún os quedaría la esperanza de recuperarle otra vez. Mas si al morir perdiereis el alma, entonces sí que verdaderamente lo habréis perdido todo, sin esperanza de remedio. Harto cuidáis de anotar todos los bienes que poseéis por temor de que se pierdan si sobreviniere una muerte imprevista. Y si esta repentina muerte os acaeciese no estando en gracia de Dios, ¿qué seria de vuestras almas en la eternidad?

AFECTOS Y PETICIONES

¡Ah Redentor mío! Habéis derramado toda vuestra Sangre, habéis dado la vida por salvar mi alma, y yo ¡Cuántas veces la he perdido, confiando en vuestra misericordia! De suerte que me he valido de vuestra misma bondad para ofenderos, mereciendo que me hicieseis morir y me arrojarais al infierno. Hemos, pues, competido a porfía: Vos, a fuerza de piedad; yo, a fuerza de pecados; Vos, viniendo a mí; yo, huyendo de Vos; Vos, dándome tiempo de remediar el mal que hice; yo, valiéndome de ese tiempo para añadir injuria 46 sobre injuria. Dadme, Señor, a conocer la gran ofensa que os he hecho y la obligación que tengo de amaros. Ah Jesús mío! ¿Cómo

podéis haberme amado tanto, que venís a buscarme cuando yo os menospreciaba? ¿Cómo disteis tantas gracias a quien de tal modo os ofendió? De todo ello infiero cuánto deseáis que no me extravíe y pierda. Duéleme de haber ultrajado a vuestra infinita bondad. Acoged, pues, a esta ingrata ovejuela que vuelve a vuestros pies. Recibidla y ponedla en vuestros hombros para que no huya más.

No quiero apartarme de Vos, sino amaros y ser vuestro. Y con tal de serio, gustoso aceptaré cualquier trabajo. ¿Qué pena mayor pudiera afligirme que la de vivir sin vuestra gracia, alejado de Vos, que sois mi Dios y Señor, que me creó y murió por mí? ¡Oh, malditos pecados!, ¿qué habéis hecho? Por vosotros ofendí a mi Salvador, que tanto me amó... Así como Vos, Jesús mío, moristeis por mí, así debiera yo morir por Vos. Fuisteis muerto por amor. Yo debiera serlo por el dolor de haberos agraviado. Acepto la muerte cómo y cuándo os plazca enviármela. Mas ya que hasta ahora poco o nada os he amado, no quisiera morir así. Dadme vida para que os ame antes de morir. Y para eso mudad mi corazón, heridle, inflamadle en vuestro santo amor. Hacedlo así, Señor, por aquella ardentísima caridad que os llevó a morir por mí... Os amo con toda mi alma, enamorada de Vos. No permitáis que os pierda otra vez. Dadme la santa perseverancia... Dadme vuestro amor.

¡María Santísima, Madre y refugio mío, sed mi abogada e intercesora!

PUNTO TERCERO
Cuánto arriesga la salvación eterna el que demora prepararse para la muerte

Estote parati. No dice el Señor que nos preparemos cuando llegue la muerte, sino que estemos preparados. En el trance de morir, en medio de aquella tempestad y confusión es casi imposible ordenar una conciencia enredada. Así nos lo muestra la razón. Y así nos lo advirtió Dios, diciendo que no vendrá entonces a perdonar, sino a vengar el desprecio que hubiéremos hecho de su gracia (Ro., 12. 19). Justo castigo —dice San Agustín—será el que no pueda salvarse cuando quisiere quien cuando pudo no quiso. Quizá diga alguno: ¿Quién sabe? Tal vez podrá ser que entonces me convierta y me salve... Pero ¿os arrojaríais a un pozo diciendo: ¿Quién sabe?, ¿podrá ser que me arroje aquí, y que, sin embargo, quede vivo y no muera? ¡Oh Dos mío!, ¿qué es esto? ¡Cómo nos ciega el pecado y nos hace

perder hasta la razón! Los hombres, cuando se trata del cuerpo, hablan como sabios y como locos si del alma se trata.

¡Oh hermano mío! ¿Quién sabe si este último punto que lees será el postrer aviso que Dios te envía? Preparémonos sin demora para la muerte, a fin de que no nos halle inadvertidos. San Agustín (Hom., 13) dice que el Señor nos oculta la última hora de la vida con objeto de que todos los días estemos dispuestos a morir.

San Pablo nos avisa (Fil. 2, 12) que debemos procurar la salvación no sólo temiendo, sino temblando. Refiere San Antonino que cierto rey de Sicilia, para manifestar a un privado el gran temor con que se sentaba en el trono, le hizo sentar a la mesa bajo una espada qué pendía de un hilo sutilísimo sobre la cabeza, de suerte que el convidado, viéndose de tal modo, apenas pudo tomar un poco de alimento. Pues todos estamos en igual peligro, ya que en cualquier instante puede caer en nosotros la espada de la muerte, resolviendo el negocio 48 de la eterna salvación.

Se trata de la eternidad. Si el árbol cayera hacia el Septentrión o hada el Mediodía, en cualquier lugar en que cayere, allí quedará (Ecl., 11, 3). Si al llegar la muerte, nos halla en gracia, ¿qué alegría no sentirá el alma, viendo que todo lo tiene seguro, que no puede ya perder a Dios, y que por siempre será feliz? Mas si la muerte sorprende el ánima en pecado, ¡ qué desesperación tendrá el pecador, al decir: En error caí (Sb., 5, 6), y mi engaño eternamente quedará sin remedio! Por ese temor decía el Santo P. M. Avila, apóstol de España, cuando se le anunció que iba a morir: ¡Oh, si tuviera un poco más de tiempo para prepararme a la muerte! Por eso mismo, el abad Agatón, aunque murió después de haber hecho penitencia muchos años, decía: ¿Qué será de mí? ¿Quién sabe los juicios de Dios? También San Arsenio tiembla en la hora de su muerte; y como sus discípulos le preguntaran por qué temía tanto: Hijos míos—les respondió—«o es en mí nuevo ese temor; lo tuve siempre en toda mi vida. Y aún más temblaba el santo Job, diciendo: ¿Qué haré cuando Dios se levante para juzgarme, y qué le responderé cuando me interrogue? Lib. 3, De Lib. Arb.

AFECTOS Y SÚPLICAS

¡Oh Dios mío! ¿Quién me ha amado más que Vos? ¿Y quién os ha despreciado y ofendido más que yo? ¡ Oh Sangre, oh llagas de Cristo, mi esperanza sois! Eterno Padre, no miréis mis pecados. Mirad las llagas de Cristo Jesús; mirad a vuestro Hijo muy amado, que muere por mí de dolor y

os pide que me perdonéis. 49 Pésame más que de todo mal, Creador mío, de haberos injuriado. Me creasteis para que os amase, y he vivido como si hubiese sido creado para ofenderos. Por amor a Jesucristo, perdonadme y otorgadme la gracia de amaros. Si antes resistí a vuestra santa voluntad, ahora no quiero más resistir, sino hacer cuanto me ordenéis. Y pues mandáis que me resuelva a no ofenderos, hago el firme propósito de perder mil veces la vida antes que vuestra gracia. Me mandáis que os ame con todo mi corazón; pues de todo corazón os amo, y a nadie quiero amar, sino a Vos. Desde hoy seréis el único amado de mi alma, mi único amor. Os pido el don de la perseverancia y de Vos lo espero. Por el amor a Jesús, haced que yo sea siempre fiel, y pueda decir con San Buenaventura: Uno solo es mí Amado; uno sólo es mí amor. No, no quiero que me sirva la vida para ofenderos, sino para llorar las ofensas que os hice y para amaros mucho.

¡Oh María. Madre mía, que rogáis por cuantos a Vos se encomiendan, rogad también a Jesús por mí!

SEXTA CONSIDERACIÓN

CERTIDUMBRE DE LA MUERTE

Angustia superveniente, requirtrit pacem et non erit; conturbatio super conturbationem veniet.
Sobreviniendo la aflicción, buscarán la paz y no la habrá; turbación sobre turbación vendrá.
Ez., 7, 25-26.

PUNTO PRIMERO
El pecador buscará a Dios en la muerte y no le hallará

Rechazan los pecadores la memoria y el pensamiento de la muerte, y procuran hallar la paz (aunque jamás la obtienen) viviendo en pecado. Mas cuando se ven cerca de la eternidad y con las angustias de la muerte, no les es dado huir del tormento de la mala conciencia, ni hallar la paz que buscan, porque ¿cómo ha de hallarla un alma llena de culpas, que como víboras la muerden ¿De qué paz podrán gozar pensando que en breve van a comparecer ante Cristo Juez, cuya ley y amistad han despreciado? Turbación sobre turbación vendrá (Ez. 7, 26). El anuncio de la muerte ya recibido, la idea de que ha de abandonar para siempre todas las cosas de este mundo, el remordimiento de la conciencia, el tiempo perdido, el tiempo que falta, el

rigor del juicio de Dios, la infeliz eternidad que espera al pecador, todo esto forma tempestades horribles, que abruman y confunden el espíritu y aumentan la desconfianza. Y así, confuso y desesperado, pasará el moribundo a la otra vida.

Abrahán, confiando en la palabra divina, esperó en Dios contra toda humana esperanza, y adquirió por ello mérito insigne (Ro., 4, 18). Mas los pecadores, por des dicha suya, desmerecen y yerran cuando tejieran, no sólo contra toda racional esperanza, sino contra la fe, puesto que desprecian las amenazas que Dios dirige a los obstinados. Temen la mala muerte, pero no temen llevar mala vida. Y, además, ¿quién les asegura que no morirán de repente, como heridos por un rayo? Y aunque tuvieren en ese trance tiempo dé convertirse, ¿quién les asegura de que verdaderamente se convertirán? Doce años tuvo que combatir San Agustín para vencer sus inclinaciones malas. Pues ¿cómo un moribundo que ha .tenido casi siempre manchada la conciencia podrá fácilmente hacer una verdadera conversión, en medio de los dolores, de los vahídos de cabeza y de la confusión de la muerte? Digo verdadera conversión, porque no bastará entonces decir y prometer con los labios, sino que será preciso que palabras y promesas salgan del corazón ¡Oh Dios, qué confusión y espanto no serán los del pobre enfermo que haya descuidado su conciencia cuando se vea abrumado de culpas, del temor del juicio, del infierno y de la eternidad! ¡Cuan confuso y angustiado le pondrán tales pensamientos cuando se halle desmayado, sin luz en la mente y combatido por el dolor de la muerte ya próxima! Se confesará, prometerá, gemirá, pedirá a Dios perdón, más sin saber lo que hace. Y, en medio de esa tormenta de agitación, remordimiento, afanes y temores, pasará a la otra vida (Jb., 34, 20). Bien dice un autor que las súplicas, llanto y promesas del pecador moribundo son como los de quien estuviere asaltado por un enemigo que le hubiere puesto un puñal al pecho para arrebatarle la vida. ¡Desdichado del que sin estar en gracia de Dios pasa del lecho a la eternidad!

AFECTOS Y PETICIONES

¡Oh llagas de Jesús! Vosotras sois mi esperanza. Desesperaría yo del perdón de mis culpas y de alcanzar mi eterna salvación si no os mirase como fuente de gracia y de misericordia, por medio de la cual Dios derramó toda su Sangre para lavar mi alma de tantos pecados como ha cometido. Yo os adoro, pues, ¡oh sacrosantas llagas!, y en vosotras confío. Mil veces detesto y maldigo aquellos indignos placeres con que ofendí a mi Redentor y

miserablemente perdí su amistad. Mas al contemplaros renace mi esperanza, y se encaminan a vosotras todos mis afectos. ¡Oh amantísimo Jesús!, merecéis que los hombres todos os amen con todo su corazón; y aunque yo tanto os he ofendido y despreciado vuestro amor, Vos me habéis sufrido y piadosamente invitado a que busque perdón. ¡Ah Salvador mío, no permitáis que vuelva a ofenderos y que me condene! ¡Qué tormento sufriría yo en el infierno al ver vuestra Sangre y los actos de misericordia que por mí hicisteis! Os amo, Señor, y quiero amaros siempre. Dadme la perseverancia; desasid mi corazón de todo amor que no sea el vuestro, e infundid en mi alma firme deseo y verdadera resolución de amar desde ahora sólo a Vos, mi Sumo Bien.

¡Oh María, Madre amorosa, guiadme hacia Dios, y haced que yo sea suyo por completo antes que muera!

PUNTO SEGUNDO
De los tormentos del pecador moribundo

No una sola, sino muchas, serán las angustias del pobre pecador moribundo. Atormentado será por los demonios, porque estos horrendos enemigos despliegan en este trance toda su fuerza para perder el alma que está a punto de salir de esta vida. Conocen que les queda poco tiempo para arrebatarla, y que si entonces la pierden, jamás será suya.

No habrá allí uno solo, sino innumerables demonios, que rodearán al moribundo para perderle. (Is., 13, 21). Dirá uno: «Nada temas, que sanarás.» Otro exclamará: «Tú, que en tantos años no has querido oír la voz de Dios, ¿esperas que ahora tenga piedad de ti?» «¿Cómo —preguntará otro—podrás resarcir los daños que hiciste, devolver la fama que robaste?» Otro, por último, te dirá: «¿No ves que tus confesiones fueron todas nulas, sin dolor, sin propósitos? ¿Cómo es posible que ahora las renueves?» Por otra parte, se verá el moribundo rodeado de sus culpas. Estos pecados, como otros tantos verdugos —dice San Bernardo—, le tendrán asido, y le dirán: «Obra tuya somos, y no te dejaremos. Te acompañaremos a la otra vida, y contigo nos presentaremos al Eterno Juez.»

Quisiera entonces el que va a morir librarse de tales enemigos y convertirse a Dios de todo corazón. Pero el espíritu estará lleno dé tinieblas y el corazón endurecido. El corazón duro mal se hallará a lo último; y quien ama el peligro, en él perece (Ecl., 3, 27). Afirma San Bernardo que el corazón obstinado en el mal durante la vida se esforzará en salir del estado

de condenación, pero no llegará a librarse de él; y oprimido por su propia maldad, en el mismo estado acabará la vida. Habiendo amado el pecado, amaba también el peligro de la condenación. Por eso permitirá justamente el Señor que perezca en ese peligro, con el cual quiso vivir hasta la muerte. San Agustín dice que quien no abandona el pecado antes que el pecado le abandone a él, difícilmente podrá en la hora de la muerte detestarle como es debido, pues todo lo que hiciere entonces, a la fuerza lo hará.

¡Cuan infeliz el pecador obstinado que resiste a la voz divina! El ingrato, en vez de rendirse y enternecerse por el llamamiento de Dios, se endurece más, como el yunque por los golpes del martilló (Jb.,41, 15). Y en justo castigo de ello, así seguirá en la hora de morir, a las puertas de la eternidad. El corazón duro mal se hallará al fin, Por amor a las criaturas —dice el Señor—, los pecadores me volvieron la espalda. En la muerte recurrirán a Dios y Dios les dirá: «¿Ahora recurrís a Mí? Pedid auxilio a las criaturas, ya que ellas han sido vuestros dioses» (Jer., 2, 28). Esto dirá el Señor, pues aunque acudan a Él, no será con afecto de verdadera conversión. Decía San Jerónimo que él tenía por cierto, según la experiencia se lo manifestaba, que no alcanzaría buen fin el que hasta el fin hubiera tenido mala vida.

AFECTOS Y PETICIONES

Ayudadme y no me abandonéis, amado Salvador mío! Veo mi alma llena de pecados: las pasiones me violentan, las malas costumbres me oprimen. A vuestros pies me postro. Tened piedad de mí, y libradme de tanto mal. En Ti, Señor, esperé; no sea confundido eternamente (Sal. 30, 2). No permitáis que se pierda un alma que en Vos confía (Sal. 73, 19). Me pesa de haberos ofendido, ¡oh infinita Bondad! Confieso que he cometido muchas faltas, y a toda costa quiero enmendarme. Mas, si no me socorréis con vuestra gracia, perdido me veré.

Acoged, señor, a este rebelde que tanto os ha ultrajado. Pensad que os he costado la Sangre y la vida. Pues por los merecimientos de vuestra Pasión y muerte, recibidme en vuestros brazos y concededme la santa perseverancia. Ya estaba perdido y me llamasteis. No he de resistir más, y me consagro a Vos. Unidme a vuestro amor, y no permitáis que me pierda otra vez al perder vuestra gracia. ¡Jesús mío, no lo permitáis!

¡No lo permitáis, oh María, reina de mi alma; enviadme la muerte, y aun mil muertes, antes que vuelva a perder la gracia de vuestro Hijo!

PUNTO TERCERO
Dios amenaza al pecador con una mala muerte

¡Cosa digna de admiración! Dios no cesa de amenazar al pecador con el castigo de la mala muerte. «Entonces me llamarán, y no oiré (Pr., 1, 28). ¿Por ventura oirá Dios su clamor cuando viniere sobre él la angustia? (Jb.,27, 9). Me reiré en vuestra muerte y os escarneceré (Pr., 1, 26). El reír de Dios es no querer usar de su misericordia. «Mía es la venganza, y Yo les daré el pago a su tiempo, para que resbale su pie» (Dt., 32, 35). Lo mismo dice en otros lugares; y, con todo, los pecadores viven tranquilos y seguros, como si Dios les hubiese prometido para la hora de la muerte el perdón y la gloria.

Sabido es que, cualquiera que fuere la hora en que el pecador se convierta, Dios lo perdonará, como tiene ofrecido. Mas no ha dicho que en el trance de morir se convertirá el pecador. Antes bien, muchas veces ha repetido que quien vive en pecado, en pecado morirá (Jn., 8, 21, 24), y que si en la muerte le busca, no le encontrará (Jn.,7, 34). Menester es, por tanto, buscar a Dios cuando es posible hallarle (Is., 55, 6), porque vendrá un tiempo en que no le podremos hallar. ¡Pobres pecadores! ¡Pobres ciegos que se contentan con la esperanza de convertirse a la hora de la muerte, cuando ya no podrán! Dice San Ambrosio: Los impíos no aprendieron a obrar bien sino cuando ya no era tiempo. Dios quiere salvarnos a todos; pero castiga a los obstinados.

Si a cualquier infeliz que estuviese en pecado le asaltase repentino accidente que le privara de 'sentido, ¡ qué compasión no excitaría en cuantos le vieran a punto de muerte sin recibir sacramentos ni dar muestras de contricción! ¡Y qué júbilo tendrían todos luego si aquel hombre volviera en sí y pidiese la absolución de sus culpas e hiciese actos de arrepentimiento! Mas ¿no es un loco el que, teniendo tiempo de hacer todo esto, sigue viviendo en pecado, o vuelve a pecar y se pone en riesgo de que le sorprenda la muerte cuando tal vez no pueda arrepentirse? Nos espanta el ver morir a alguien de repente, y con todo, muchos se exponen voluntariamente a morir así estando en pecado.

Pesados están en fiel balanza los juicios del Señor (Pr., 16, 11). Nosotros no llevamos cuenta de las gracias que Dios nos da; pero Él las cuenta y mide, y cuando las ve despreciadas en los límites que fija su justicia, abandona al pecador a sus pecados, y así le deja morir... ¡Desdichado del

que difiere la conversión hasta el día postrero! La penitencia que se pide a un enfermo, enferma es, dice San Agustín. Y San Jerónimo decía que de cien mil pecadores que vivan en pecado hasta que les llegue la muerte, apenas si uno se salvará. San Vicente Ferrer afirmaba que la salvación de uno de ésos sería milagro mayor que la resurrección de un muerto.

¿Qué arrepentimiento se puede esperar en la muerte del que hubiere vivido amando el pecado, hasta aquel instante? Refiere San Belarmino que, asistiendo a un moribundo y habiéndole exhortado a que hiciera un acto de contrición, le respondió el enfermo que no sabia lo que era contrición. Procuró San Belarmino explicárselo, pero el enfermo dijo: «Padre, no lo entiendo, ni estoy ahora capaz de esas cosas.» Y así falleció, «dando visibles señales de su condenación», como San Belarmino dejó escrito. Justo castigo del pecador—dice San Agustín — será que al morir se olvide de sí mismo el que en la vida se olvidó de Dios.

No queráis engañaros —nos dice el Apóstol (Ga., 6, 7)—. Dios no puede ser burlado. Parque aquello que sembrare el hombre, eso también segará. Y asi, el que siembra en su carne segará corrupción. Seria burlarse de Dios el vivir despreciando sus leyes y alcanzar después eterna recompensa y gloria. «Pero Dios no puede ser burlado.» Lo que en esta vida se siembra, en la otra se recoge. El que siembra acá vedados placeres carnales, no recogerá luego más que corrupción, miseria y muerte perdurables.

Cristiano, hermano mío, lo que para otros se dice, también se dice para ti, si te vieras a punto de morir, desahuciado de los médicos, privado el uso de los sentidos y agonizando ya, ¿cuánto no rogarías a Dios que te concediese un mes, una semana más de vida para arreglar la cuenta de tu conciencia? Pues Dios te concede ahora ese tiempo, dale mil gracias, remedia pronto el mal que has hecho y acude a todos los medios precisos para estar en gracia cuando la muerte llegue, porque entonces ya no habrá tiempo de remediarlo

AFECTOS Y PETICIONES

¡Ah Dios mío! ¿Quién, sino Vos, pudiera haber tenido toda la paciencia que para conmigo habéis usado? Si no fuese infinita vuestra bondad, yo desconfiaría de alcanzar perdón. Pero mi Dios murió para perdonarme y salvarme; y pues me ordena que tenga esperanza, en Él esperaré. Si mis pecados me espantan y condenan, vuestros merecimientos y promesas me infunden valor. Prometisteis la vida de la gracia a quien vuelva a vuestros brazos. Convertíos y vivid (Ez., 18, 32), Prometisteis abrazar al que a Vos

acudiere. Volveos a Mí y Yo me volveré a vosotros (Zac., 1, 3). Dijisteis que no despreciaríais al que se arrepintiera y humillase (Sal. 50, 19). Pues heme aquí, Señor; a Vos vuelvo y recurro; confiésome merecedor de mil infiernos y me arrepiento de haberos ofendido. Ofrezco firmemente no más ofenderos y amaros siempre. No permitáis que sea en adelante ingrato a tanta bondad. Padre Eterno, por los méritos de la obediencia de Jesucristo, que murió por obedeceros, haced que yo obedezca a vuestra voluntad hasta la muerte. Os amo, Sumo Bien mío, y por el amor que os tengo quiero obedeceros en todas las cosas. Dadme la santa perseverancia; dadme vuestro amor, y nada más os pido.

María, Madre mía, interceded por mí.

---

(1) Luis de granada, De la oración y consideración. Prólogo.

(2) El tema era corriente en los predicadora anteriores a San Alfonso y en sus coetáneos, aunque algún escritor oponía sus reservas; de estas últimas no debe prescindir nadie, ni prescindía San Alfonso, cuyas ideas en este punto han de armonizarse con sus demás enseñanzas sobre la gracia. Cf. Tellería, *San Alfonso María de Ligorio,* I, Madrid. 1950. p. 666-667.

(3) San Alfonso, *Breve Istruzione sugli esercizi di míssione,* Napoli, 1760. p. 150.

(4) Luis de granada, 1. cit., *Epístola* preliminar.

(5) Preparación para la muerte, traducida por don Joaquín Roca y Cornet, Barcelona (2ª ed.), Pons y Compañía, 1846, p. 7-12. En total, las ediciones castellanas hechas en España suman una veintena; las de París, una decena; las catalanas, media docena.

(6) No es de San Bernardo, sino de autor incierto .

(7) San Alfonso llevaba de frente en el telar ambas obras. El 31 de diciembre de 1758 escribía a su editor veneciano, Remondini: “He dado remate al libro sobre la *Muerte*... No se lo mando, porque quiero remitírselo junto con el libro acerca de la *Oración*, que no ha salido aún, pero que se halla en prensa” (*Lett*., III, Roma, 1890, p. 84).